

LA PLAGA AZUL



JOHNNY GARLAND

LA PLAGA AZUL



La plaga azul

por

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Oms, 51-63

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 14094 – 1960

Número de Registro: 5285 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

La PLAGA AZUL



CAPÍTULO PRIMERO

BAJA EN LA “SIP”



ONALD Callowan afirmó despacio con la cabeza.

Si, McLeod—dijo suavemente—. Tiene usted perfecto derecho a lo que solicita. Esperaba su demanda. Y la temía, a la vez.

—¿Por qué, señor? — sonrió Hal McLeod, inclinándose hacia adelante en el asiento que ocupaba frente a su jefe.

—Usted lo sabe bien. Es uno de los mejores agentes que jamás pasaron por el SIP. Audaz, inteligente capacitado, rápido en sus decisiones y tremendamente eficaz en todo...

—Creo que se excede en los elogios, señor. Cumplí como mejor pude con mi deber, en todo momento, eso es en cuanto se me puede

tener en cuenta.

—Yo siempre tomo en cuenta algo más que un frío cumplimiento en las misiones encomendadas McLeod. Y usted es uno de los escogidos entre mis mejores hombres. Por eso lamento darle la baja. Pero va a casarse, y nuestros Reglamentos son tajantes en ese aspecto. Está, pues, enteramente libre; Mañana recibirá la confirmación oficial de lo que yo le anticipo.

—Es usted muy bondadoso, señor — suspiró Hal—. Podré casarme mañana mismo, en ese caso. Solamente esperaba la baja oficial de la SIP para contraer matrimonio.

—Pues puede hacerlo ya. ¿Quién es ella, muchacho?

—Se llama Helen. La conocí en la última aventura.

—¿Su lucha contra los traficantes de ámbar marciano?

—Eso es. Helen Bradford era una de sus víctimas. La rescaté de manos de los traficantes. Y ahí nació todo. Ahora, espero que seamos muy felices.

—Yo también lo espero, McLeod. Se lo deseo de corazón — le tendió la mano abierta en gesto cordial, por encima de la mesa de despacho, repleta de papeles e informes—. Mucha suerte, hijo. Y no se olvide de venir alguna vez a verme.

—Así lo haré, señor. Nunca podré olvidar que he pertenecido al mejor Cuerpo del universo. La “Spacial International Police” quedará para siempre en mi corazón, señor Callowan. Es una de esas cosas que no pueden olvidarse fácilmente.

—Sí, muchacho. Eso es cierto — Donald Callowan, jefe supremo de la máxima organización policíaca de los planetas habitados por el hombre, se puso en pie. Paseó hasta el gran ventanal asomado a la blanca urbe de Washington—. Hay cosas que no se olvidan en toda una vida. La Justicia la Ley y el Orden, cuando se aman, llegan a formar parte de uno. Y se anteponen a todo otro sentimiento. Le comprendo, hijo. Y sé que, pase lo que pase, nunca olvidará el tiempo que fue agente de la SIP. Nosotros somos la salvaguardia de los hombres honrados en la Tierra y en el espacio exterior. Luchamos por el bien común, sin importarnos los riesgos que ello implique. Pero somos humanos. Y cuando hemos dado la mayor parte de nuestro ser en favor de ese orden legal en el universo, comprendemos que también tenemos derecho a vivir nuestra existencia privada, a poseer un hogar, una esposa y unos hijos. A ser, además de agentes de la Ley, hombres. Pero la SIP sabe eso. Y sabe que un hombre ligado a un hogar, nunca arriesgará lo que arriesga cuando es libre, nunca podrá poner sus cinco sentidos en lo que hace. Y nunca, en suma, será justo por completo apartarle de sus seres queridos para una misión

peligrosa de la que, tal vez, nunca regrese.

—Sé que por eso se concede la baja a todo el que quiere casarse señor. Uno deja de ser agente para ser esposo.

—Justamente. Pero siempre queda algo dentro, como usted ha dicho. McLeod. Y no se olvida, vayan donde vayan nuestros muchachos.

—Vayamos donde vayamos, nunca se nos olvida

— Hal sonrió, con emoción—. Ni a usted ni a la SIP...

Los dos se estrecharon las manos con energía. Era la despedida de jefe y subordinado. De dos hombres que se estimaban y comprendían.

* * *

Hal McLeod y Helen Bradford contrajeron matrimonio en “Saint Patrick’s” de Nueva York, dos días después de la entrevista anterior.

Donald Callowan recibió la invitación de su ex agente, pero problemas interiores y urgentes de la SIP no le permitieron acudir. Envío, sin embargó, su felicitación sincera. Y el mejor ramo de flores que recibieron Hal y su esposa en aquel señalado día de sus vidas: un manojo de rosas azules de Venus, costosísimas por su escasez y alta calidad, traídas desde el planeta en un invernadero volante de la SIP, dentro de una de las naves espaciales de la “Spacial International Police”.

Allí terminó la vida policial de Hal McLeod, el hombre que, con la insignia de la SIP encima, había dado grandes triunfos a la Ley, tales como la captura de los traficantes de ámbar americano, los asesinos de Ciudad-Venus, el descubrimiento del poderoso sistema de espionaje de una potencia mundial traidora a los estatutos de la Gran Federación Mundial de Países, y otras muchas hazañas personales que figuraban en el cuadro de honor de los archivos del Cuerpo.

Ahora, Hal McLeod era un ciudadano más, un hombre apartado de la vida de peligros que hasta en aquel momento llevara.

La SIP y todo lo que significaba pertenecer al famoso Organismo policial de los espacios internacionales y planetarios, quedaba atrás para él. Para no volver jamás.

¿Jamás?

* * *

Donald Callowan respiró con fuerza al abrir la portezuela y descender por la escalerilla de la nave espacial que le había llevado de regreso al espaciódromo de Washington, desde Base-Luna. El aire frío de la tarde invernal azotó su rostro y le obligó a subirse el cuello de su

sobretudo.

Cruzó la aeropista, y alcanzó el lugar donde estaba aparcado el turbo móvil que le llevarla hasta el edificio de la SIP. Condujo rápidamente. La noche, fría y desapacible, pese a los sistemas urbanos de calefacción en las calles, no invitaba a que la gente abandonara sus hogares. El tránsito era escaso, y en poco tiempo estuvo en el edificio.

Entró en su oficina. Abrió el dictáfono, escuchando los informes de su secretaria, mientras se despojaba de las ropas de abrigo. Luego, echó una ojeada a la mesa.

Había solamente dos sobres. Ambos urgentes. Y de puntos diferentes: Dirigidos los dos a Donald Callowan, Director de la SIP.

Los dos con una inscripción igual: “Personal. Estrictamente privado”.

Donald Callowan tomó la primera. Rasgó el sobre de papel plástico; desdobló el pliego de papel escrito que contenía y leyó:

“Querido amigo:

Ha nacido nuestro pequeño. Será bautizado la semana próxima. ¿Podrá venir a la casita de Coney Island donde residimos ahora? Le esperamos, señor Callowan. Nos ilusionaría mucho verle aquí, siquiera fuese unas horas. No nos defraude.

Hasta siempre. Un saludo de Helen. Y el eterno afecto de su amigo y ex subordinado:

HAL MCLEOD.

Callowan sonrió. Ahora comprendía la urgencia.

Y el carácter personal de la misiva. Procuraría ir a ver a los McLeod. No podía olvidar a Hal en el año transcurrido. El día que se casó perdió a uno de sus mejores agentes, pero se sentía feliz de que todo les fuera bien. Y de que se acordaran de él, en el bautizo de su hijo.

Sí, decididamente, haría toda lo posible por acudir a la invitación de sus amigos. No iba a defraudarles, tal y como Hal deseaba y le decía en su misiva.

Guardó la carta, y tomó la segunda y última. Miró el membrete del Servicio Postal. Frunció el ceño. Procedía de Palm Beach, Florida.

Extrajo la carta. Un membrete, en letras rojas y brillantes, trazadas en relieve sobre el papel nylon, le dijo quién era el remitente, aun antes de leer la carta:

ALEX JANSEN
Centro Biológico Jansen

El texto era breve, escrito a máquina:

“Señor Callowan:

En nombre de nuestra vieja amistad, quizás olvidada ya por usted, le ruego venga lo antes posible a mi Centro Biológico de Palm Beach, dependiente de la Fundación que lleva mi nombre.

Estoy supeditado a unos complicados experimentos que pueden suponer algo muy grande para el mundo, en un inmediato futuro. Quizás un cambio tal en la vida humana, que sea trascendental para todos nosotros.

Pero ocurre algo, Callowan. Algo muy grave, que puede hundirlo todo. Y, a la vez, provocar una hecatombe universal. Tengo miedo, Callowan. Mucho miedo. Tiene que venir.

Si no como amigo, como Jefe de la SIP.

Le repito: ¡Tengo miedo!

Espero impaciente su respuesta. O mejor aún su llegada. Y no pierda tiempo.

Su amigo y ex compañero de estudios en Harvard:

Profesor Alex Jansen.”

Nada más.

Donald Callowan respiró profundamente, y guardó también aquella carta. Pero, previamente, la leyó de nuevo.

Tal vez, después de todo, no podría ir a ver a los McLeod. Una vez más, las obligaciones le impedían acudir adonde su propio deseo le hubiera llevado.

Ahora recordaba al profesor Alex Jansen. Un notable investigador. Tenía su misma edad o muy aproximada. Habían estudiado juntos en Harvard, ciertamente, aunque en distintas cátedras. Pero coincidieron en aficiones deportivas y en otros aspectos ajenos a sus asignaturas. Después de esto, solamente le había visto una vez, coincidiendo con la concesión del Premio Internacional de Biología y Bioquímica concedido a Jansen, en Bruselas, en el año 1989.

Desde aquella fecha, el nombre de Jansen había aumentado de

categoría, si esto era posible. Pero también Jansen se había apartado mucho de la publicidad, buscando un lugar aislado donde proseguir sus investigaciones biológicas. Su esposa, Mareta Jansen ex profesora del Instituto Biológico de Estocolmo, era su más eficaz auxiliar, junto con otros notables científicos, discípulos todos del gran Jansen.

¿Qué estaría investigando ahora en un Centro situado en Florida?

Y, sobre todo... ¿por qué tenía miedo? ¿De qué o de quién?

Callowan abrió el teledictógrafo, conectado con la Red Mundial de “telex”. Rápidamente tecleó sobre sus letras, escribiendo una respuesta que le llegaría al profesor Jansen en corto espacio de tiempo:

“Recibida carta. Acudiré a verle. Saludos; Donald Callowan.”

Luego, el jefe supremo de la SIP, suspiró, y tomó asiento con expresión pensativa. Extrajo un cigarro habano y le cortó de un mordisco su extremidad. Lo encendió con calma, sin dejar de reflexionar.

Seguía preocupándole el mismo punto de aquella extraña carta que, más que una simple invitación, era como un grito de auxilio, una llamada angustiada de un hombre en apuros.

Alex Jansen tenía miedo...

CAPÍTULO II

“ALGO” AZUL...



RA una amplia y larga edificación blanca, cercada de jardines y de una alta valla metálica, provista de detectores electrónicos, sobre una loma o suave colina situada frente a la costa de Florida. Un bosque de palmeras, atravesado por una carretera de asfalto, formaba la estribación o falda de la loma en cuya cima se asentaba el edificio.

El viajero detuvo su vehículo frente a un indicador metálico, esmaltado en blanco, con letras verdes, fluorescentes. Leyó el cartel:

“Jansen Farm. Terminantemente prohibido el paso desde este punto. Si desea entrar, comuníquese por teléfono con la granja. Extraños, abstenerse.” Eran muchas precauciones las tomadas por el sabio para su aislamiento del mundo, pensó con aire intrigado Donald Callowan, bajando de-su coche, y acercándose al poste indicador. Bajo el tablón metálico, de letras muy claras y legibles, vio una caja igualmente metálica, con mirilla de vidrio. Dentro, había un aparato telefónico.

Miró al camino. Poco más allá del indicador, descubrieron los sagaces ojos del jefe de la SIP un par de curiosas formas metálicas, cilíndricas, de medio metro de altura cada una, situadas a ambos lados de la ruta, y frente a frente entre sí.

Imaginó fácilmente lo que eran. Pero quiso comprobarlo. Antes de utilizar el teléfono, se inclinó y tomó una pequeña piedra del suelo. La lanzó con fuerza hacia el lugar de los dos cilindros metálicos.

La piedra pasó entre ambos. En el acto, un chispazo violáceo se produjo en el aire, allí donde se encontraba el objeto lanzado. Toda la carretera se iluminó con el culebreo de una descarga eléctrica.

Callowan frunció el ceño. Excesivo celo en aislar la hacienda. Una red eléctrica, con numerosos “ojos magnéticos” como aquellos dos cilindros, rodeaba la finca y sus accesos privados, dejándola virtualmente convertida en una fortaleza inexpugnable desde el exterior.

Era más sensato hacer lo que indicaba el cartel metálico, que

jugarse el tipo intentando hallar un paso al interior. Abrió la caja sin dificultades. Tomó el auricular. El teléfono carecía de cifras o dial. Evidentemente, no hacía ninguna falta, por poseer, una sola línea y un solo extremo: el interior de Jansen Farm.

—¡Oiga!—dijo, al percibir el “clic” inconfundible al otro lado del hilo,

—Jansen Farm.— dijo una voz, tan seca y rasposa como un papel de lija—. ¿Qué quiere?

—Entrar.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Donald Callowan.

—¿Callowan? ¿Ajeno a la granja?

—pues... sí.

—No puede entrar.

—Tengo que hacerlo. He sido llamado.

—¿Es periodista?

—No.

—¿Entonces...?

—Me ha llamado el profesor Jansen en persona. Por eso estoy aquí.

—El profesor Jansen reposa, ahora. Está algo indispuerto. No puede verle. Vuelva otro día.

Aquella voz de hombre, dura y áspera, le empezaba a resultar particularmente antipática. Y el dueño de ella no hacía nada por mejorar esa impresión.

—No volveré otro día— dijo Callowan ahora, con voz tan dura como la de su interlocutor —, Me va a autorizar a entrar “ahora mismo”.

—¿Está loco? — rezongó el otro—. ¿Qué se ha creído que es esto? El profesor Jansen no acepta imposiciones. Retírese. Y si quiere entrar, atrevase a intentarlo. Pero su cuerpo sufrirá una sacudida eléctrica que no va a gustarle nada...

—Escuche, amiguito. Sí como simple invitado del profesor Jansen no me permite la entrada inmediata. Tendrá que hacerlo como lo que realmente soy Miembro de la “Spacial International Police”. ¡Deme paso en seguida, en nombre de la Ley!

Al otro extremo del hilo existió evidente confusión al escuchar el nuevo tono y las frías palabras del visitante. No es que a Callowan le gustara utilizar las prerrogativas legales de la SIP, Organización que tenía derechos totales sobre cualquier propiedad privada, y para la

que no existían barreras legales de ninguna especie, desde el Convenio Internacional de 1994, en que las Naciones Asociadas votaron por una mayor y más eficaz fuerza en la Policía Internacional y del Espacio, para que los criminales no encontraran subterfugios para frenar su labor pro del orden y de la justicia.

—De todos modos, tendrá que demostrar que realmente pertenece a la SIP, cuando alcance el edificio—le recordó con aspereza el hombre.

—Claro que lo demostraré— rio Callowan, agresivo—. Esto no hubiera sido necesario, si usted hubiese atendido a razones. Es cierto que he sido llamado por el profesor Jansen. Ahora, allá usted...

Colgó, cerrando la caja-metálica que contenía el teléfono. Se aproximó a su vehículo. Antes de subir a él, lanzó una nueva piedra sobre los electrodos situados a ambos lados del camino. Esta vez no ocurrió nada. Entonces puso en marcha el vehículo.

Donald. Callowan condujo hasta alcanzar la cerca electrónica. Un zumbido sordo e intermitente revelaba la corriente que circulaba por la estructura metálica de la tapia, convirtiéndola, en una barrera mortífera para cualquier intruso.

Al llegar ante la puerta, el zumbido cesó. Lentamente, en forma automática, comenzó a abrirse la entrada, deslizándose a un lado. Callowan esperó al volante de su turbomóvil. Cuando terminó el deslizamiento de la hoja metálica, siguió adelante.

La marcha por la suave ondulación asfaltada de la carretera interior, entre macizos de flores, setos y arriates floridos, en el idílico clima de Palm Beach, fue lenta y agradable. Callowan contemplaba todo aquello con interés y admiración. Sin ninguna duda, Jansen Farm era una propiedad que costaría sus buenos millones. Pero Alex Jansen era un científico destacado en el mundo. Su fortuna era cuantiosa y podía permitirse tales lujos, para vivir lejos de la sociedad.

Detuvo el vehículo ante el porche de columnas metálicas, rectangulares, grandes vidrieras, alero audaz y un gran claro semicircular, literalmente cuajado de breves postes grises, como los de la carretera.. Jansen extremaba sus precauciones.

Un hombre apareció en el porche. Se acercó rápidamente a él. Callowan observó que, bajo su chaqueta plástica, corta y ceñida, había un bulto sospechoso, a la altura de la axila, un arma. Seguían las prevenciones.

—Hola— saludó el hombre. Reconoció la dura voz del teléfono—. ¿Su distintivo?

Callowan lo mostró. El Giro pegó un respingo al advertir, en la placa de la “Spacial International pólice”, el ribete plateado que la

adornaba. Esto significaba un alto cargo dentro del organismo policial. Y aquel individuo, que no parecía precisamente tonto, lo entendió así.

— El señor Jansen sigue reposando — indicó con voz tensa—. Se nos pidió que no le molestáramos. Y así lo hemos hecho. Perdón si he estado algo brusco.

Callowan no dijo nada. Observó fijamente al hombre. Era joven, fuerte y atlético. De cabellos muy rubios, ojos pardos y boca enérgica sobre el mentón cuadrado. Vestía un uniforme blanco, de material plástico, y sobre el pecho; la chaqueta o blusa lucía una letra en verde: J. Imaginó que era, la inicial de Jansen.

—¿Quién es usted, muchacho?—preguntó Callowan, una vez identificado.

—Mi nombre es Harry Clayton. Soy auxiliar directo del profesor en sus investigaciones. No tengo el título de profesor, pero estoy especializado en Biología y Bioquímica. Estudié con el propio profesor Jansen en el Centro Atcher, de Berlín, y él me eligió como su mejor alumno y más apropiado colaborador.

—Comprendo. Me ha dicho antes que les pidieron que no le molestaran, ¿Fue el propio profesor Jansen quien se lo pidió?

—No. Fue cosa de su esposa, la señora Jansen. Ella es quien cuida del profesor. Selena y yo tenemos orden de no despertarle mientras reposa.

—¿Selena?

—Otra auxiliar del profesor. Una muchacha joven e inteligente. Ella y yo, junto con la propia señora Jansen y el doctor Davis en algunas ocasiones aisladas, formamos la plantilla de colaboradores del profesor.

—¿El profesor no se encuentra bien?

—Lleva unos días que está como agotado. Y muy preocupado. Hay algo que le mantiene en constante tensión. Tal vez sean los experimentos.

—¿Qué clase de experimentos son éstos, Clayton?

El joven apretó los labios con firmeza. Luego hizo un leve movimiento negativo con la cabeza, al tiempo que manifestaba:

—Disculpe si no le refiero nada sobre ese punto. Tenemos órdenes muy severas del profesor. Todo el trabajo es estrictamente secreto. Es cosa suya si él quiere revelárselo a usted. Pero yo no puedo hacerlo o perdería mi empleo.

—Está bien, no lo haga. Ya me lo dirá Jansen... si llego a verle. ¿Está la señora Jansen en casa ahora?

—¿Qué desea de mí?

Sorprendido, Callowan levantó la cabeza. Contempló fijamente a la mujer que, como un fantasma, había aparecido en el porche de extraña arquitectura. El sol de Florida iluminó fantásticamente su figura arrogante, hermosa y sensual como pocas. Vestía un traje blanco, nítido, ceñido a su piel, excepto en las piernas, que la breve falda, de moda entonces, descubrían en toda su escultural y seductora línea, sobre las breves botitas blancas, de tacón. Era muy morena, con el cabello negro azulado, ojos oscuros y profundos, boca roja y carnosa y nariz recta, modelada como en una escultura de porcelana. El busto era generoso y agresivo, la cintura muy breve, las caderas redondeadas y provocativas. Sin embargo, el conjunto no resultaba procaz, sino simplemente bellísimo y cautivador. Un algo magnético emanaba de aquella mujer radiante.

—¿La señora Jansen?—preguntó Callowan, sin desviar de ella los ojos.

—Eso es. ¿Y usted, señor?

—Donald Callowan, antiguo amigo de su esposo. Me ha llamado él.

—¿Mi marido le ha llamado? — se sorprendió ella—. Es extraño. No me ha dicho nada.

—Tal vez lo olvidó. O tal vez pensó que no merecía la pena mencionarlo, por si, a fin de cuentas, yo no venía.

—El señor Callowan, además de amigo del profesor, es agente de la SIP — informó Harry Clayton—. Y un agente de muy elevada jerarquía...

Algo ocurrió en el semblante de la bella, porque sus ojos se entornaron, crispó la boca y un estremecimiento muy leve hizo vibrar sus músculos bajo la tersa piel broncea.

—La SIP... es la Policía Internacional, ¿no es cierto? — preguntó.

—Justamente. — Callowan sonrió, inclinando la cabeza—. Pero no vengo como tal, sino como amigo de su esposo, señora Jansen.

—Entre, por favor — invitó ella. Se volvió, muy despacio, hacia Clayton—. Harry, haga el favor de subir a ver a mi marido. Dígale que ha llegado el señor Callowan. Adminístrele el calmante, al mismo tiempo. Gruñirá un poco, pero usted no haga caso y dáselo.

—Bien, señora.

Evidentemente, Clayton profesaba un gran respeto a la dama, porque apenas si levantó los ojos del suelo mientras ella le hablaba. Y cuando respondió, lo vio con una inclinación de asentimiento, comenzando a alejarse.

Callowan entró en la asombrosa vivienda de Jansen, guiado por

la escultural mujer. Las estancias del edificio eran amplias, llenas de luz y de comodidades electrónicas, desde fuentes de mágicos tonos de luz, hasta asientos suspendidos en el aire, inmóviles y firmes sobre columnas magnéticas, pasando por distribuidores-robot, aplicados al muro, que servían en el acto las bebidas o alimentos que uno solicitara, presionando el correspondiente resorte.

Sé respiraba un aire fresco y suave, creado artificialmente, muy distinto a la elevada temperatura del exterior. Callowan sonrió, recordando el frío de Washington y Nueva York, en aquella época del año. Allí el “climator” de la vivienda hubiera marcado un ambiente muy distinto.

Ocupó un asiento y aceptó una copa de “glovia”, el licor seco y tonificante, extraído de vegetales venusinos. Luego, mientras la señora Jansen ocupaba un asiento frente a él, Callowan observó:

—Hay muchas precauciones en torno a la casa. ¿Por qué, señora Jansen? ¿Temen ser robados, que los periodistas e informadores de estéreo-cine y televisión les asalten, o que los competidores científicos de su marido penetren en el secreto de sus investigaciones?

Ella sonrió enigmática, meneando la cabeza suavemente.

—Ni una cosa ni otra, señor Callowan—dijo con su voz grave y profunda—. Las precauciones adoptadas tienen su explicación. A su tiempo lo sabrá. Yo no estoy autorizada a explicarle nada.

—Según veo, nadie, excepto el propio Alex, es capaz de explicarme cosa alguna.

—Justamente. Se irritaría si yo me anticipase a referirle cosas que él nos tiene prohibido repetir a nadie.

—Estricto secreto — bromeó Callowan, ligeramente ceñudo—. ¿Ha descubierto alguna superbomba, capaz de exterminar al universo?

—Por el contrario, ha descubierto una nueva forma de vivir. Quizás el manantial de la eterna juventud, la fuente quimérica que hace inmortal al ser humano...

Donald Callowan no dijo nada. Pero, con su gesto, expresó su escepticismo. Ella sonrió.

—No lo cree, ¿verdad? — dijo con Ironía.

—Nunca he creído en la existencia de un manantial de juventud eterna. ¿Por qué había de creer ahora?

—Porque lo afirma Alex. Y Alex es un gran hombre, señor Callowan. Si usted le conoce, sabrá que sus descubrimientos científicos son demasiado grandes para que ahora esté equivocado. Desde su regreso de Venus trabajó en ello. Y creo que lo ha conseguido.

—En Venus nunca he visto otra cosa que agua fangosa, pantanos

y marismas, y vegetación viscosa —bromeó Callowan—. Que me ahorquen si aquella porquería puede guardar el secreto de la juventud eterna.

—Y, sin embargo, así es, Donald.

Callowan giró la cabeza. En aquella casa la gente tenía por costumbre aparecer sin hacer ruido, y responder bruscamente a lo que se estaba hablando.

Esta, vez el propio Alex Jansen, con su cabeza leonina, cubierta de grandes melenas blancas, su rostro ancho y cordial, de brillantes ojos azules, tras los lentes, su expresión enérgica e inteligente, su amplia frente, su figura alta y enjuta, pero llena de firmeza, había surgido en el arranque de una escalera metálica automática, de suave y ronroneante deslizamiento, al otro lado de la gran puerta vidriada que conducía a los corredores de la casa.

— ¡Jansen, por fin!—Callowan se incorporó de un salto. El sabio acudió a su encuentro y ambos hombres se estrecharon cálidamente la mano —. ¡Entrar en su fortaleza y verle, resulta más difícil Que penetrar en el edificio de las Naciones Asociadas, en plena reunión secreta!

Rieron los dos de buena gana. Marcia Jansen se había puesto en pie y, acercándose a su marido con expresión preocupada, le interrogó:

—Alex, querido..., ¿te encuentras mejor ahora?

—Claro, pequeña — rio él, besándola suavemente en, la mejilla —. Me tomé la medicina, tal y como ordenaste a Clayton. ¿Satisfecha?

Ella asintió:

—Sí. Pero hoy no deberías trabajar más...

—Claro que no trabajaré. Voy a emplear mi día en mostrarle a Callowan mis cosas.

—¿Todas?—y Callowan se volvió, sorprendido, al advertir el extraño tono que ella utilizó en la pregunta.

—Sí, todas.— Alex Jansen parecía irritado—. Por eso le he llamado. Estás nada menos que ante el jefe supremo de la SIP, querida. Él puede saber lo que estoy haciendo, lo que he descubierto. Tal vea entonces no se ría de la fuente de la juventud.

—Está bien. Allá tú.

Marcia se encogió de hombros y, con expresión sombría, empezó a retirarse.

Callowan, volviéndose a Jansen, le espetó con energía:

—¿Y qué mil diablos teme usted, Alex, para rodearse de todo ese aparato electrónico de ahí fuera, y de tantas precauciones que hacen

parecer su edificio una base militar de experimentación nuclear? ¿Quién cree que alguien puede meterse aquí a dañarles?

La cabeza del sabio se movió negativamente de un lado a otro. Luego dijo lo más sorprendente que Callowan podía esperar;

—No está hecho todo eso para impedir que alguien entre aquí, Donald..., sino para “evitar que algo salga de la casa”. “Algo azul y horrible”, que ahora voy a mostrarle... Algo que puede ser la vida... o la muerte...

CAPÍTULO III

¡ACCIDENTE!



IENTRAS el ascensor les conducía a la planta inferior de la vivienda, Donald Callowan seguía preguntándose qué significado tendría la frase de Jansen, al citar “algo azul y horrible”, que quería impedir pudiese abandonar la casa.

No preguntó nada al sabio. Éste iba a mostrarle ahora el resultado de sus experimentos. Y, al mismo tiempo, se enteraría de las razones de todos aquellos temores de Jansen.

Sin embargo, ya en la planta inferior, subterránea, donde las paredes metálicas y el techo de cemento, sostenido por columnas solidísimas de plastimetal, se iluminaban por un sistema de aire luminoso, o atmósfera radiante, desprovista de todo elemento incandescente o fluorescente, se creyó obligado a hacer una pregunta en cierto modo ajena a los secretos profesionales de Jansen:

— ¿Qué es lo que le ocurre, Alex? Su esposa me dicho que se encuentra mal...

—No, es nada. Los nervios Donald. Mi trabajo es intensivo, veo poco la luz solar, encerrado aquí abajo, y la tensión de mis propias preocupaciones y labor científica hacen el resto, últimamente, he descansado muy poco.

—¿Tan urgente es su trabajo?

—Todo trabajo vital para la Humanidad es urgente. Cuando uno investiga incesantemente, y de pronto se halla ante la frontera de la vida y la muerte, comprende que es urgente trabajar. Y más urgente

aún terminar llegar a alguna parte...

—¿A qué parte; Alex? — sonrió Donald Callowan suavemente.

— Ni yo mismo lo sé. — se estremeció —. Por eso estoy asustado, Donald. Muy asustado.

—¿Era ése el miedo que citaba en su carta?

—Sí... — hizo una pausa. Movi6 los labios, como si fuera a añadir algo más pero vaciló y luego desvió la mirada añadiendo rápidamente —: Sí, ése era mi miedo...

Mentía, Donald Callowan era buen conocedor de la naturaleza humana. Y Alex Jansen no era sincero ahora que tenía miedo era evidente. Miedo a “algo”. Pero no solamente a sus propios trabajos. Había algo más que no quería decir. Pero el temor estaba allí, en sus ojos, en el brillo inquieto de sus pupilas...

Siguieron adelante. Llegaron ante una puerta metálica, herméticamente cerrada. Alex Jansen respiró hondo. Callowan observó el rótulo esmaltado que campeaba sobre el metal de la puerta:

“¡PELIGRO!

TERMINANTEMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA”

El profesor extrajo del bolsillo algo parecido a un lápiz, un cuerpo cilíndrico y delgado, de metal color cobre. Lo aplicó al agujero circular de la puerta, situado donde habitualmente se hallan las cerraduras. Hubo un chispazo, un hilo culebreante de luz lívida, entre el cilindro y el orificio.

La descarga electrónica bastó. La puerta empezó a deslizarse a un lado, sin ruido. Suavemente. Entraron los dos. Callowan se sorprendió de hallarse en una sala circular, de blindados muros metálicos, claveteados y remachados sólidamente. Sin puertas. Sin asientos ni mobiliario alguno.

Miró en derredor, intrigado. La puerta exterior volvió a deslizarse, ahora en sentido inverso. Se encontraron encerrados los dos hombres en la sala circular. Callowan miró a su acompañante.

—¿Y bien? — preguntó —. ¿Acaso ha descubierto la invisibilidad de las cosas?

—No— rio Jansen—. Esto es simplemente una antesala. Una especie de cabina de seguridad. Como en los submarinos o espacionaves de gran alcance existen los gabinetes, de descompresión, así esta sala sirve para una operación similar.

—¿Vamos a sumergirnos en una piscina profunda, o a entrar en una cámara de vacío?

—Ni una cosa ni otra. Vamos a entrar en un lugar de especiales características, a las que hemos de adaptarnos lentamente. Luego, para salir, ha de repetirse igual operación. Esté atento, Donald.

Callowan lo estuvo. Por eso observó algo curioso. Respiraba con gran facilidad. El aire parecía tan diáfano en torno suyo, como la luz que despedía el gas oxigenado de la atmosfera de aquel lugar. La sensación creció de punto. Era tan fácil respirar, se sentía tal claridad de ideas y tal liviandad en el cuerpo, que producía la impresión de poder volar, que casi embriagaba. Miró a Jansen. Este sonreía.

Y afirmó despacio.

— Sí, Callowan— dijo lentamente—. Oxígeno. Oxígeno puro, vivificado. Le da a uno un visor y unas energías increíbles. Pero no es oxígeno vulgar. Se reproduce artificialmente.

— Y ¿qué es lo que reproduce oxígeno?

—Eso... ahora va a verlo. Espere aún a tener adaptados sus pulmones al oxígeno que va a respirar ahí dentro.

Transcurrieron dos minutos más, que Jansen controló con su cronómetro ante los ojos. Por fin, dijo gravemente, levantando los ojos del reloj de pulsera:

—Vamos ya. ¿Cómo se siente?

—Saturado de oxígeno — rio Callowan.

Jansen se acercó a un muro. Un ojo fotoeléctrico debió funcionar, porque un panel metálico comenzó a deslizarse, ocultándose dentro de otro. Una alta puerta curva se mostró ante ellos. La cruzaron. Callowan se encontró en una plataforma asomada a una especie de profundo pozo ancho, circular, metálico, en cuyo fondo se agitaba algo. Allí la intensidad del oxígeno era tal que emborrachaba y parecía elevarle a regiones imposibles.

El pozo era profundo, y bajo la plataforma asomada a su sima aparecía una escalerilla metálica, recogida, que podía desprenderse hasta llegar al fondo.

Jansen señaló la escalerilla. Habló con voz ronca:

—Ésa es nuestra mejor garantía de seguridad contra lo que está ahí abajo. Eso... y las redes electrónicas del interior y exterior de la casa. Hay dos cosas que no pueden hacer “ellas”: subir por un muro liso... y desafiar la electricidad de alta tensión.

—¿“Ellas”? — a su pesar, Callowan se estremeció. Intentó ver lo que había en el fondo del oscuro pozo. Solamente alcanzó a descubrir algo fosforescente, azulado—. ¿Quiénes son... “ellas”?

—Allí abajo las tiene señaló al fondo—. Llegaren de Venus. Callowan... Yo mismo las traje. Han crecido mucho. Se nutren de

oxígeno o de energía Y “escupen” el oxígeno centuplicado en intensidad.

— ¿Son... “cosas” vivas? — se horrorizó Callowan, inclinado sobre la barandilla metálica que rodeaba el pozo.

—¿Vivas? Claro. Ellas mismas son vida. Quizá la posibilidad de que la vida humana aumente indefinidamente su duración. Posiblemente estamos ante el secreto de la inmortalidad del hombre...

—La inmortalidad del hombre...—Callowan torció el gesto —. No me gusta eso. Va contra la misma ley de Dios. No podemos ser inmortales. Hemos de nacer, vivir y morir. Siempre que se intentó algo de eso... ocurrió como en el mito de Fausto. Hay fronteras que no pueden cruzarse, Jansen. Están por encima de nosotros, más allá de lo que nos está permitido.

—Tonterías. Yo demostraré al mundo que eso no cierto, que el hombre puede, por sus propios medios alcanzar lo que no muere nunca...

Callowan no replicó nada. Seguía intentando ver el fondo, la forma y especie de aquellas “cosas” azuladas y tenuemente luminosas. Jansen dijo entre dientes:

—No enciendo las luces del pozo, Donald. La luz irrita a mis criaturas. De tal modo, que se despedazarían entre sí, al verse impotentes para llegar aquí.

Callowan sólo hizo una pregunta ahora, clavando su enérgica mirada en el sabio:

—Alex..., ¿adónde ha ido a parar? ¿Qué es “eso”? ¿Cómo lo ha traído de Venus?

—Cuando yo trasladé esas piezas vivientes de Venus eran diminutas. Tan diminutas que cabían aquí — mostró la palma de su mano, encogiendo los dedos como una piña—. Hubiese podido traer millones en un simple tubo de ensayo. Y nadie me lo hubiese prohibido, porque no hubieran visto otra cosa que unas partículas azules diminutas, casi invisibles.

—“Eso” no parece diminuto — dijo Callowan, señalando fríamente al pozo —. Parecen enormes, profesor. ¿Qué es lo que está alimentando usted ahí dentro?

—Células, Donald.

—¿Células?

—Sorprendido, ¿verdad? Sin embargo, es la pura realidad. Simples células vivas de Venus. Una forma de vida orgánica no conocida aquí, pero de estructura física y química iguales a las células que nosotros conocemos, sean de animales, vegetales, etcétera.

—Las células no crecen, Jansen. Pueden desarrollarse algunas, como las cerebrales, en una proporción determinada. Nunca esa monstruosidad de ahí abajo.

—Las células vivas de Venus, una vez en nuestro mundo, rico en oxígeno, aumentan de volumen rápidamente. Aún serían mayores si lograran ingerir energía eléctrica.

—Muy confortador— las examinó con mayor afán. Parecían enormes lagartos de piel azulada, moviéndose abajo—. ¿Qué tamaño tienen ahora, qué peso, qué características?...

—Lo va a ver ahora mismo.

Pulsó un botón del muro, junto a la plataforma asomada al pozo. Se iluminó una pantalla en la pared circular. Era una especie de receptor de televisión, o pantalla fluorescente. Vio en ella el mayor horror jamás imaginado.

Retrocedió dos pasos, con una interjección de asombro, y también de repugnancia.

—¡Dios mío, no es posible!—gimió—. ¡Eso no puede usted tenerlo ahí!

— ¿Y por qué no? — rio el profesor—. Son simples células vivas, Callowan. Sólo que no nacieron en la Tierra. Y, por tanto, no están sometidas a las leyes físicas y orgánicas de nuestro mundo..., pero pueden darme el secreto de la vida, la forma de dar al hombre una existencia casi infinita. Tengo el suero casi logrado... a base de corpúsculos de esas células, ligadas a las células humanas.

Donald Callowan escuchaba todo aquello como una horripilante voz de fondo, como la descripción de una espantosa visión cinematográfica surgida ante él.

Era lo que veía en la pantalla lo que le preocupaba. Aquellas formas reproducidas por la televisión en color y estereoscópica, como un auténtico infierno azul imposible de imaginar.

Larvas enormes, de color azul luminiscente, reptaban y se adherían unas a otras, enroscábanse o se deslizaban sobre un fondo viscoso y palpitante de idénticos cuerpos azules, quizá más de una cincuentena en total. Tenían una forma inconcreta, que no era alargada ni ancha. Al parecer, se deformaban o aplastaban, según la presión efectuada sobre el punió en que se apoyaran. Tenían una especie de extremidades o deformaciones laterales, que les servían para apoyarse, terminadas en ventosas o huecos succionantes.

El conjunto era nauseabundo, alucinante. Callowan miró con auténtico reproche al sabio. Éste había cerrado ya la pantalla visera conectada con el fondo en sombras del túnel vertical o pozo en que estaban sumergidas las “células”.

—Eso puede ser un peligro, Jansen. ¿Qué ocurriría si salieran de ahí, si lograran escapar y se extendieran por el mundo?

—Eso no puede ocurrir, Callowan — sonrió el profesor.

—Supongamos que ocurre. ¿Qué pasaría?

—Sería la muerte, el desastre, para todo lugar sobre el que cayeran. Son voraces, hambrientas. Devorarían plantas, agua, vidas humanas o irracionales, todo lo que signifique energía, todo lo que absorba oxígeno. Pero repito que no puede suceder nada. Esa especie de larvas no pueden salir del pozo por sí solas. Esta escalera está asegurada firmemente para que no descienda. Y aunque eso ocurriese, no saldrían jamás de aquí. El sistema electrónico es seguro, y nada más salir nosotros, estos muros despedirán electricidad. Algo que esas células no soportan.

—A pesar de todo... es un peligro. Debería destruirlas.

—Nunca, Callowan. No; hasta obtener el suero decisivo. Ya he probado con animales. Dio resultados parciales. Ahora está inyectado un perro y un conejo. Ambos parece ser que van a vivir indefinidamente. Y no se observa en ellos el menor desgaste físico ni mental. Es como poseer una fuerza mayor y más vitalidad. Absorben más oxígeno, y se fatigan menos. Creo que va a resultar algo portentoso, Callowan. No destruiré a esas células, hasta no llegar al fin. Solamente si fracaso, procederé a hacer tal cosa.

—Está bien — suspiró Callowan —. Pero si el Comité de Seguridad Mundial descubre estas pruebas secretas, le obligará a matar sus elementos experimentales en el acto, o sus propios agentes los matarán. Yo debería, como miembro de la SIP, advertir de esto al Comité.

— Puede hacerlo, Donald — el sabio le miró implorante—. Pero le ruego que no lo haga. Le he llamado para pedir su ayuda. No para que me hunda, moral y científicamente.

—Sólo porque usted mismo me ha llamado, Jansen, no haré nada. Pero quiero saber de qué tiene miedo. ¿Es “eso” de ahí abajo?

—A mis “células” no las temo. Las tengo dominadas, a pesar de su tamaño espantable.

—¿Entonces...?

Alex Jansen se volvió vivamente a él. Su rostro reflejó una palidez y tensión considerables. Tartamudeó una frase insegura:

—Callowan, tengo miedo... a alguien de los que me rodean. Creo que uno de ellos está intentando algo... Sospecho que una persona, entre las que comparten mi casa, está conspirando contra mí en la sombra. Y sólo espera al resultado definitivo y satisfactorio de mis

experimentos... “¡Para asesinarme entonces!”

* * *

Mientras el turbomóvil llevaba a Callowan rápidamente hacia el Estado de Nueva York, donde procuraría ver a los McLeod, aunque sólo fuese unas horas, antes de llegar a Washington y elegir al agente capaz de aclarar aquel misterio de Jansen Farm, iba pensando en la asombrosa revelación que le hiciera el sabio, en el ambiente estremecedor, agobiante, de aquel pozo terrible, en cuyo fondo pululaban formas de vida extraña, monstruosamente desarrolladas por un excesivo aumento de la dosis de oxígeno ingerida por las “células” venusinas en el planeta Tierra, bajo el proceso de desarrollo biológico de Alex Jansen.

Después de la denuncia de Jansen y sus temores, Callowan había observado con renovado interés a los compañeros del sabio. El joven y arrogante Harry Clayton; la bellísima esposa de Jansen, Marcia; la joven y bonita Selena Gruber, rubia y encantadora auxiliar de laboratorio, e incluso su vecino, el profesor Clem Davis, ayudante ocasional de Jansen en sus experimentos, aunque personalmente no se profesaran una gran simpatía.

Todos habían sufrido el examen de Callowan, sus preguntas intencionadas, de aparente inocencia. Y también el propio Jansen, para que refiriese sus sospechas y las concretara algo mejor.

Alex Jansen había manifestado;

—He descubierto que se me vigila secretamente, que mis apuntes y escritos son revisados subrepticamente, cuando yo los he guardado. Han registrado mi armario secreto en varias ocasiones, cuando guardaba en él documentos muy valiosos en relación con mis experimentos, pese a que es una caja fuerte con combinación cifrada complicadísima. Sólo conocemos su combinación Marcia y yo.

”Un día anuncié que creía estar cerca del final. Incluso anticipé que ya, el suero logrado era eficaz para prolongar la vida humana un mínimo de cincuenta a setenta años. Evidentemente, ese exceso de optimismo mío le pareció suficiente a la persona que espera el final de mis experimentos para, eliminarme y apoderarse del hallazgo más grande de la ciencia de todos los tiempos, como es la inmortalidad.

—¿Qué ocurrió entonces? — había preguntado el jefe de la SIP.

—Sufrí un extraño accidente. Unos electrodos descargaron un chispazo que hubiera sido mortal, por llevar alta tensión, cuando yo los creía apagados, ya que un segundo antes había desconectado el resorte.

—¿Y no le carbonizó?

—Casualmente, llevaba mi calzado de amianto aislante y mis guantes de supergoma, dotados de refractarios electrónicos, pues había estado poco antes realizando unas pruebas de corrientes eléctricas de alto voltaje sobre uno de los sueros. Eso me salvó.

—¿Un accidente?

—No. Fui a los resortes, tras sufrir la descarga. Descubrí que habían manipulado en ellos, a pesar de que todos en casa sabían que yo iba a salir... No logré averiguar quién fue el que movió los electrodos. Nadie confesó la verdad, Callowan. Supe que se había intentado eliminarme... Más tarde fue un vaso de leche con veneno. Yo tomo siempre leche en mi laboratorio, cuando me quedo hasta muy avanzada la madrugada con algún trabajo. Mi esposa me dejó la leche sobre la mesa. Yo salí a hacer varias cosas, y regresé al laboratorio. Cuando iba a probar la leche, serví un poco en un plato a mi gatito, el que ahora está sometido a experimentos biológicos con el suero venusino. Esto me salvó la vida. El gato probó solamente un poco de leche y retrocedió, haciendo cosas extrañas. Se derrumbó, y le salvé la vida con un antídoto, al analizar la leche y descubrir en ella ‘toxiamina’, la nueva droga mortal descubierta en los árboles marcianos, los gigantescos “nubors” de Marte.

”No dije nada. Pero vigilé a mis colaboradores al otro día, por si expresaban sorpresa al verme vivo. No ocurrió nada ni nadie reveló la menor emoción. Entonces les referí la verdad de mis experimentos; se había producido un fracaso parcial. El suero sólo conseguía fortalecer el organismo, sin alargar su existencia. Tampoco observé reacción en ningún rostro, Pero dejaron de atentar contra mí. No se han vuelto a repetir los intentos. Sin embargo, sé que ahora estoy realmente cerca de mi hallazgo, el más grandioso en la historia del mundo. Y entonces, antes de que pueda revelarlo a nadie... ¡me matarán!

Éste era el terror de Alex Jansen, el genio de la ciencia del siglo XXI, Donald Callowan tomó en serio su relato. No parecía haber engaño ni fantasía en él. Y Jansen podía ser raro, como todos los sabios, mas no tenía trazas de chiflado ni de padecer manía persecutoria.

—Está bien, Jansen. Le protegeré. No yo directamente, porque soy necesario en Washington. Vendrá alguien de la SIP a cuidar de usted. Lo enviaré en seguida. Si entretanto alcanza su objetivo, no lo revele a nadie. Espere a estar protegido... Y, sobre todo, mantenga las precauciones en torno a esos monstruos. Con una mano criminal en la casa, si realmente la hay, y esas formas mortíferas ahí abajo... el que empieza a tener miedo soy yo, Jansen...

Esto había sido todo. Al sabio no le gustó quedarse nuevamente solo con su gente. Pero la promesa de una rápida intervención de un

agente especial de la SIP, como pretendido auxiliar del investigador, le tranquilizó.

Callowan sobrevoló Coney Island. Comenzó a descender.

Poco después rebasaba el espaciódromo Municipal de Coney Island. De allí su vehículo aeroanfibio le condujo hasta la vivienda de los McLeod.

Vio asomar a Hal y a su mujer a una de las ventanas de la blanca, moderna y bella edificación alzada en una de las alamedas de la nueva urbanización de Coney Island, destinada a zona residencial,

Agitó su mano hacia ellos, en salutación, y los jóvenes le correspondieron.

Entonces el altavoz de tele radio instalado a bordo de la nave aeroanfibia de Callowan, comenzó a funcionar en la longitud de onda especial de la SIP, sólo captada por los receptores de los vehículos y puestos de la “Spacial International Police”.

— ¡Atención, patrullas y puestos de la SIP! ¡Atención!— comenzó el locutor

Callowan se detuvo, sin bajar del vehículo, mientras los McLeod se apresuraban ya a descender a la carrera por el camino en declive que, desde su vivienda, llegaba al aparcamiento asfaltado donde se posaba la nave monoplaza de Callowan.

El jefe de la SIP prestó atención también. El locutor continuó por el tele radio:

—Se notifica, por la Central Coordinadora de Policía Internacional de Palm Beach Florida, que un desgraciado accidente, al provocar un cortocircuito en la hacienda de Jansen Farm, propiedad del profesor Alex Jansen, situada en Palm Hill, ha interceptado la energía eléctrica en la zona, provocando una seria avería en los generadores del lugar. Unido esto al fallo del mecanismo de sujeción de una escalera metálica, en un pozo destinado a peligrosos gérmenes y seres vivientes con los que el profesor Jansen experimentaba en busca de un suero de propiedades milagrosas, ha permitido a sus horribles criaturas escapar libremente de su encierro, ya que la cadena eléctrica era la barrera de seguridad contra dichos elementos vivos, producto de injertos y elaboraciones científicas. Se avisa, pues, a todas las patrullas de que mantengan especial vigilancia por todas las zonas de Florida... ¡Atención, patrullas! Los monstruos escapados del laboratorio son altamente peligrosos, y, de momento, hay que lamentar la baja del propio profesor Jansen, devorado por los mismos seres que él creó en sus experimentos, contrarios a la letra y al espíritu de la Ley XII del Comité de Seguridad Mundial...

¡Atención, patrullas! Los monstruos fugitivos tienen una viva

coloración azul, son carnívoros y absorben toda clase de energía animal o artificial... ¡El peligro es de muerte para la zona afectada por la fuga de dichos seres!

CAPÍTULO IV

¡¡TERROR!!



ALLOWAN! ¿Qué es lo que ocurre?

El jefe supremo de la SIP contempló a Hal McCleod como a través de una neblina. Luego, muy pálido, ronca la voz, musitó, apoyándose en su vehículo:

— ¡Cielos, McLeod! ¡Es horrible..., realmente horrible! ¡Algo que pone los pelos de punta!

—Pero ¿el qué, Callowan? — Hal le estudió con perplejidad, sin comprender bien —. ¿Qué es lo que sucede?

—El tele radio ha dicho algo espantoso, McCleod—se pasó una mano trémula por la frente bañada de sudor a pesar del frío clima de Coney Island en aquella época del año—. Hay una espantosa maldición suelta ahora por el mundo... y quizá yo tenga la culpa de ello. Debí imaginarlo, debí temer que esto sucedería... y estuve obligado a denunciar el caso al Comité de Seguridad Mundial, antes de que fuera demasiado tarde...

—No le comprendo. Callowan—. Hal McLeod se volvió hacia su esposa cambiando una rápida mirada con ella. Ésta era una criatura dulce, bella y sensible, que contemplaba a Callowan, intuyendo que algo muy grave estaba sucediendo—. Creía que había venido usted a vernos, no por razones profesionales...

—Y así es, McLeod—dos ojos de Callowan buscaron los suyos. Le miró fijamente—. Vengo, de Palm Beach. Hal. Ahora quiero que escuche usted algo. Venga.

Abrió de nuevo el tele radio de su vehículo. Los boletines de urgencia de la SIP se repetían cada pocos minutos. El locutor no tardó apenas en iniciar un nuevo aviso, con igual texto que el anterior. Hal escuchó en silencio, y por fin se volvió a Callowan, cuando el locutor había enmudecido.

—¿Eso... es cierto? — preguntó.

—Sí. McLeod— asintió roncamente Callowan—. Yo he estado en ese pozo yo he visto lo que guardaba. No eran exactamente gérmenes ni criaturas creadas por Jansen. Se trataba de “células” vivas, que absorben oxígeno y lo escupen luego por su epidermis, centuplicado. En cambio, almacenan energía en su ser. Han crecido de forma escalofriante, hasta llegar a ser auténticos monstruos, del tamaño de enormes caimanes. Pueden crecer más, muchísimo más, a su contacto con el aire rico en oxígeno, y con la civilización terrestre, abundante en energía de todas clases, desde la hidráulica a la nuclear y fotónica. Esas “células” llegaron de Venus, traídas clandestinamente por Alex Jansen. Ahora, lo que entonces eran diminutos corpúsculos, pueden convertirse en la plaga que aniquile, al mundo entero.

—¡Cielos! —Hal estrechó contra sí, con ademán protector, a su mujer. Ella se dejó abrazar. Estaba asustada, y le confortaba la

sensación de seguridad que le daba la proximidad de su marido—. ¿Y qué van a hacer contra eso? ¡Es preciso evitar que esos monstruos destruyan cuanto hallen a su paso! Pero también va a ser necesario impedir el terror. Si éste se apodera de todos, estamos perdidos. Y cuanto se intente, será inútil por completo.

—Bien lo sé —suspiró Donald Callowan—. Querido McLeod, ahora comprenderá por qué no puedo quedarme. He de ir forzosamente a Washington, y tomar las riendas de este asunto. Alex Jansen ha sido la primera víctima del horror, pero el boletín no ha dicho nada de los demás que ocupaban la casa. Si se han librado, será preciso descubrir algo: si el fallo del fluido eléctrico y el accidente de la escalera, todo tan oportunamente ensamblado, ha sido obra realmente accidental... o de alguna mano perversa.

—¿Eh? ¿Cree capaz a alguien de hacer una cosa así?

—Jansen tenía miedo. Creía que alguien quería asesinarle. Al parecer, eso ya se ha logrado. Si un asesino despiadado resuelve fingir un accidente, y en él muere Jansen, todo parecerá normal. Pero a mí no me gusta ese accidente. Y muchísimo menos, habiendo sido Jansen la primera víctima, el hombre que ha desaparecido ya, engullido por esos horribles seres venusinos.

—De modo que accidente... o crimen — suspiró Hal.

Callowan asintió:

—Sí, esas dos alternativas. La primera es lamentable y dolorosa, por sus graves consecuencias. Pero la segunda sería francamente siniestra. Significaría que debemos a manos de un ser humano la terrible plaga que se nos ha echado encima.

Se sentó ante el volante. Iba demudado, realmente descompuesto. Hal McLeod jamás le había visto así, ni siquiera durante los más peligrosos y difíciles casos del SIP. Quizás porque ninguno, antes de ahora, fue tan sumamente grave, tan diabólico y peligroso para la especie humana.

Hal se inclinó sobre él. Le habló con voz tensa:

—Puede creerme, Callowan. Si no estuviera ya casado y tuviese formado un hogar, me uniría a usted en esta lucha. Va a necesitar a su mejor plantilla para enfrentarse con un peligro así. Y muchos medios científicos y técnicos para derrotar a esos monstruos....

—Gracias, muchacho — sonrió a la fuerza Donald Callowan—. Sabía que iba a hablar así. Pero no creo que resolviéramos mucho con uno más en las filas. Y, sobre todo, la SIP no admite agentes casados, ya lo sabe usted. A pesar de todo ello, amigo mío, gracias.

— ¿No podrá estar para el bautizo del niño? — preguntó suavemente Helen McLeod.

— No. Y créame que lo siento, señora, — suspiró Callowan—. Pero van a ser necesarios todos los momentos del día para dirigir esto. He venido con la intención de atender su invitación. Por desgracia, ello no es posible. Y de veras lo lamento. Muy de veras, amigos míos. En espíritu estaré junto a ustedes. Pero mi persona la requieren ahora mis obligaciones de jefe supremo de la SIP.

Estrechó con calor la mano de Hal. Besó la suave y nacarina de Helen McLeod. Luego, Callowan cerró la portezuela de su Aero vehículo. Pisó el acelerador al ponerlo en marcha. Pulsó el elevador.

El coche se remontó, disparado al aire por sus reactores. Se alejó en la distancia, hacia Washington. Dejó tras de sí Coney Island. Y con la isla, a los McLeod, erguidos en la puerta de la casa, con la vista clavada en el azul, viendo desaparecer a lo lejos a su buen amigo.

—¡Dios mío, Hal! —se estremeció la mujer reclinándose en él, como buscando protección—. Es Horrible... Y tengo miedo. No lo puedo evitar, tengo miedo...

— Vamos, querida — sonrió Hal, estrechándola con calor contra sí—. No tienes nada que temer. Yo te protejo. A ti y a nuestro hijo. Nada os ocurrirá, mientras yo pueda mantenerme en pie para defenderos. Y, después de todo, Florida está muy lejos de aquí. Antes de que estas “células” salgan del radio de acción del Estado, serán localizadas y destruidas por nuestras patrullas de Seguridad. Ya lo verás, querida.

* * *

Hamilton Carter aproximó la canoa al embarcadero.

La nave obedeció a su mano.

La temperatura seguía siendo buena. Pero estaba algo nublado, y las aguas se hallaban revueltas. A Hamilton Carter no le gustaba pasear con su canoa a motor durante días desapacibles.

Saltó a tierra y ató su embarcación a la restante hilera de canoas que, como una estría multicolor de formas puntiagudas y bellas, se extendía a lo largo del embarcadero.

Echó a andar por la larga plancha metálica, hasta alcanzar el suelo firme. Se detuvo. El nublado había ahuyentado a la gente de aquella zona, temiendo acaso un posible temporal. La alameda de palmeras, al borde de la costa, se extendía, desierta y gris. Los blancos edificios de recreo, situados al lado opuesto, parecían sorprendentemente tristes, a causa del día. El aire agitó los cabellos canosos de Hamilton Carter, el rico “yatchman” de Palm Beach.

Estuvo pensando si meterse en el Club Náutico, situado

justamente frente a él. Pero no vio a nadie en las salas encristaladas, de la planta alta, salvo a los dos o tres aburridos viejos de siempre, leyendo la última edición de “Miami News”.

Sonrió, encogiéndose de hombros. Se alejó caminando, hacia el cercano aparcamiento de aeromóviles, donde tenía el suyo esperándole. Él no podía saberlo, pero cuando tomó esa decisión, fijó inexorablemente su propio destino.

En escoger el Club Náutico, estaba la vida para Hamilton Carter. En partir hacia el aparcamiento, la muerte...

Rodeó la hilera de edificios del embarcadero, en su mayoría almacenes pesqueros y tinglados dedicados a la industria de pesca. El camino hasta el aparcamiento estaba totalmente desierto. Soplaban allí el aire húmedo con mayor fuerza que en la carretera manqueada de palmeras.

Se acercó a un edificio hemisférico, blanco y de cúpula encristalada, destinado a acuario y que ciertos días de la semana tenía una gran afluencia infantil, para contemplar los ejemplares más notables de sus vitrinas repletas de agua de mar, motivos submarinos y luces indirectas, con su ingenua escenografía en miniatura, que hacía la delicia de los pequeños. Algo más allá, estaba el aparcamiento, las hileras de aeromóviles esperaban a sus dueños.

Fue al rebasar la forma hemisférica del acuario cuando lo descubrió.

Hamilton Carter se quedó como clavado en tierra. Su rostro adquirió la lividez de un muerto. Boqueó, sin atinar a lanzar siquiera un grito. Luego, logró retroceder unos pasos, con sus ojos saliéndose de las órbitas. Alzó las manos, agitándolas desesperadamente, pugnando por apartar de sí aquella visión horrenda.

Un grito largo, desgarrado, escalofriante, escapó de sus labios contraídos. Luego se volvió y consiguió echar a correr con auténtica desesperación, la del hombre que lucha sin esperanzas por salvar la vida.

Era inútil. “Aquello” se movía con una rapidez espantosa. Un instante en que giró Carter la cabeza, su grito horrible se repitió, estremecedor. Tropezó.

Cayó de bruces, mientras algo, una sombra grande y espantosa se interponía entre él y la nublada luz solar de la tarde.

Se volvió en tierra, extendió sus manos con horror, pugnando por hacer algo. Algo que previamente sabía por completo inútil.

Y fue inútil. “Aquello” cayó sobre él, aplastó sus manos y brazos... Hamilton Carter quiso chillar otra vez. Su grito se convirtió en un angustioso gorgoteo. Se agitaron sus miembros, antes de ser

engullidos por espantosas ventosas absorbentes.

Una lividez azul bañó el infortunado, mientras era absorbido, devorado... Luego, tras la forma blanca del acuario, el extraño devorador de hombres reptó, satisfecho. Como la serpiente que se come a un búfalo y empieza una difícil digestión.

De Hamilton Carter no quedaba nada en absoluto. Nuda, excepto un reloj de pulsera que, en la lucha, cayó de su muñeca, rota la cadena de oro. El “devorador” dejó allí aquel objeto brillante, que no parecía ser de su gusto. También dejó tras de sí una rara baba azul, viscosa, que brillaba tenuemente en la arenisca, como fósforo desprendido de algún pez.

De la horrenda y silenciosa tragedia, nada más quedaba en aquel punto de Palm Beach, Florida...

* * *

El turbobús de línea regular se detuvo Con un chirrido de frenos. El conductor se volvió al pasaje, cómodamente sentado en los muelles asientos de espuma plástica, dentro de la forma esbelta, aerodinámica, de los ultramodernos vehículos de línea.

—Apeadero de enlace con el superferrocarril del Norte — señaló —. Parada, dos minutos, para recoger a los viajeros y sus equipajes.

Era una advertencia realmente innecesaria. Todos sabían lo que significaba la habitual parada, a cien millas de Filadelfia. Y el que no lo sabía, tampoco se preocupaba realmente. La rapidez y puntualidad de los servicios de transporte en el año 2000, era demasiado grande para que nadie se preocupara de las brevísimas paradas dispuestas en los servicios regulares de transportes de viajeros, a través del amplio territorio americano.

Al minuto justo, rugió el convoy que llegaba del oeste, para proseguir viaje hacia Washington. Allí, el turbobús se hacía cargo del pasaje para Filadelfia, ganando con ello tiempo y comodidad.

El último de los rojos y fantásticos vagones del superferrocarril del Oeste, era el que trasladaba viajeros y equipajes para el turbobús de enlace.

Cuando el convoy se hubo detenido, cuatro empleados de uniforme naranja, con el distintivo de la Compañía Internacional de Ferrocarriles, saltaron del vagón contiguo, disponiéndose a descargar los equipajes. Abrieron las grandes puertas deslizantes del gran vagón mixto de equipajes y pasajeros.

Algo muy diferente a los simples bultos previstos surgió del interior del vagón, en que permanecía aprisionado, saltando al

exterior. Un colectivo y espantoso alarido de horror e incredulidad, surgió de todas las gargantas.

Luego, “aquello” se abalanzó sobre los empleados de uniforme naranja. En un par de segundos desaparecieron los cuatro, absorbidos por la horrenda forma. Luego, el tren trató de ponerse en marcha, al mismo tiempo que el turbobús, manejado por un conductor enloquecido, cuyos dilatados ojos se clavaban con insistente terror en el monstruo alucinante que había engullido a los cuatro hombres del tren.

La “cosa” infernal hizo dos maniobras a la vez, con suma facilidad. Su tamaño era colosal, impresionante, quizás superior al de un elefante gigantesco. Sus extremidades succionantes se adhirieron a los vagones del ferrocarril. Con un chirrido horrible, el convoy descarriló volcando los vagones en medio de la más tremenda de las confusiones.

El turbobús, en sus prisas, chocó con uno de los vagones volcados, empotrándose en él. Su chófer, presa del pánico y de la angustia, trató de salir de allí en vano. Los mandos no le respondieron, y no pudo moverse.

— ¡El monstruo nos ataca!—chilló alguien—. ¡Salvémonos como podamos!

Salieron del vehículo en confuso tropel. Pero fue inútil. Todo se nubló sobre sus cabezas. Una forma viscosa y gigantesca les cubrió como una mole. Aplastó al turbobús, con las últimas personas que había dentro, y que perecieron trituradas. Las demás, todas aquéllas que pisaron tierra, como si mil ojos inexorables les vigilaran, cayeron bajo el dominio del espantoso monstruo gelatinoso y horrible, cuyas ventosas se adhirieron a ellos, chupándoles vorazmente hacia el interior ventrudo y pegajoso de aquella bestia o “cosa” azul, autora del caos.

Momentos después, los supervivientes, todos ellos viajeros del tren, vieron con angustia y esperanza a la vez, cómo la forma gigantesca, reptante como una larva colosal, de intenso tono azulado, escamosa y brillante, huía dando monstruosos saltos.

* * *

Noticias de todos los Estados de la Unión iban dando cuenta del creciente terror existente. Nevada, California, Colorado, Tejas, Tennessee, Dakota, Washington, Nueva Inglaterra, Wyoming, Alaska...

Los monstruos azules escapados de la terrible fosa experimental del profesor Jansen, se habían propagado, utilizando quizás astutamente los medios mismos de comunicación de los humanos.

Aviones gigantescos de transporte, ferrocarriles como el de Filadelfia y otros, tuvieron a bordo, sin saberlo nadie, las espantosas formas azules. Y cuando lo supieron, fue demasiado tarde para hacer nada contra ellos.

Los informes coincidían en desastres, matanzas, absorciones en masa. Las “células” azules de Jansen se extendían por doquier. Y, lo que era peor, parecían tener algo más que simple vida orgánica.

Parecían tener también... inteligencia.

CAPÍTULO V

EL RETORNO DE MCLEOD



OSEEN inteligencia?

Hal McLeod asintió a la pregunta de Helen. Luego, dio unos pasos por la estancia, con las manos hundidas en los bolsillos. Estaba nervioso, irritado.

—Sí, Helen. ¡Inteligencia! Creo que eso es lo que poseen esas “cosas” o como se las quiera llamar...

Sólo así se explica que puedan ser capaces de extenderse por toda la geografía americana, casi como si fueran un ejército bien disciplinado... y con una coordinación exacta de movimientos.

—Hal, cosas con esa forma y aspecto no pueden tener inteligencia.

—¿Por qué no? — Hal se volvió en redondo, vivamente. Señaló su cabeza con un dedo, utilizando una gran energía—. ¡Aquí tenemos nosotros mismos unas células determinadas! ¡Células grises que denotan inteligencia, cerebro! Son células vivas, llenas de inteligencia, porque ellas mismas forman nuestra inteligencia. ¿Quién nos dice que, esas células cultivadas monstruosamente por ese gran loco que fue el profesor Jansen, no pertenecen precisamente a una forma de vida similar, a algo que es inteligente y cerebral?

—Porque en Venus no existe vida humana ni inteligente. Está comprobado por las expediciones terrestres al planeta, ¿no es cierto? Tú mismo has estado allí, como agente de la SIP. Tú lo sabes...

—Uno nunca sabe nada. Como científico, Jansen pudo encontrar una forma de vida por su propia cuenta. Y esas células, traídas a nuestro mundo, dieron ese espantoso resultado que ahora lamentamos todos. Jansen cometió un tremendo error. El hecho de que él fuera el primero en pagarlo, no le disculpa ni alivia su responsabilidad. Ahora, el mundo entero corre peligro.

—¿Y qué podemos hacer nosotros, Hal?

—Nada. Nosotros, absolutamente nada, Helen. Si la SIP no encuentra el remedio, estamos perdidos. Esa es la verdad. No quisiera estar ahora en el pellejo de Callowan. Este asunto promete ser algo realmente temible.

—Hal, tengo miedo...—miró hacia la puerta del fondo. Tras ella, dormía el pequeño. Fuera, en el exterior de la vivienda, la oscuridad de la noche solamente era rota por las luces de las desiertas y

silenciosas avenidas residenciales. Desde la presencia de los monstruos azules en el mundo, el tránsito por la noche era nulo en todas partes —. Miedo por nuestro hijo... por ti...

—Por mí no debes temer nada, Helen — la estrechó contra sí, tratando de infundirla alientos. Luego, miró hacia la alcoba cerrada—. Por él... y por ti... es diferente. Hemos de vivir alerta. Mañana mismo, a primera hora, me cuidaré de que instalen una fuerte barrera eléctrica en torno a la casa, con doble mando de emergencia, y doble tendido, por si hay algún cortocircuito, provocado por los propios monstruos.

—¿De esa forma no llegarán aquí?

—Claro que no, Helen. ¿Oíste a Callowan? Tienen dos principales enemigos: no pueden reptar por un muro liso, ni son capaces de soportar una descarga eléctrica de alta tensión.

—Pero en casa de Jansen hicieron ambas cosas, a pesar de todo.

—No. Lo que ocurrió fue que una mano criminal soltó la escalera y provocó el cortocircuito. Eso dio la victoria a los monstruos, convenientemente advertidos, de alguna forma, de lo que sucedía. Cuatro personas han salvado allí sus vidas: Clayton, Selena Gruber, la viuda de Jansen y el profesor Clem Davis, directos colaboradores de Alex Jansen. Quizás fue uno de ellos el autor de esa infamia. Pero tampoco es cosa mía descubrir ese misterio.

—Hal... ¿y si algo ocurriera esta noche... antes de que tuviéramos la barrera eléctrica creada?

—No creo que ocurra. Pero nuestro vecino Coolidge, tiene un sistema eléctrico sobranante. Tal vez nos lo deje. Voy a intentarlo, Helen. Así estaremos seguros esta noche, hasta que nos instalen el definitivo.

—Sí, Hal, por favor... Ve a por ellos. No me sentiré segura hasta, que tengamos protegida la casa contra esos monstruos...

—En seguida vuelvo.— Hal McLeod se encaminó a la salida. Al mirar afuera, regresó rápidamente a por un impermeable—. Está lloviendo, Helen. No creo que haga falta el sistema eléctrico, querida. Con este tiempo endiablado, los monstruos no se atreverán a moverse a ninguna parte. Pero, de todos modos, iré...

—Gracias, querido... — Helen sonrió dulcemente.

Hal se echó el impermeable sobre los hombros. Avanzó hacia la salida, se paró en ella, y lanzó un beso con la punta de sus dedos hacia su esposa. Luego, la puerta se cerró tras él.

—¿El sistema eléctrico? — Coolidge asintió—. Por supuesto, McLeod. Se lo cederé muy gustoso. Nuestra casa posee un sistema eléctrico especial. No está precisamente diseñado para los bichos azules que se le escaparon a ese sabio loco de Florida pero sirven también. Y mi juego portátil puede utilizarlo usted. Creo que dentro de unos días empezarán a repartir por todas las viviendas de los Estados Unidos sistemas eléctricos para aislar a sus ocupantes del peligro azul.

—Sí, algo he oído —sonrió Hal—. Yo pondré mañana un sistema. Pero hasta entonces, Helen estará más tranquila con esto... Buenas noches, Coolidge. Y gracias.

El hombre saludó agitando su mano, y Hal salió de nuevo al exterior. La lluvia arreciaba. Era una cortina densa, difícil de traspasar con la mirada. A través de ella, los edificios eran simples manchas oscuras en la noche, y las luces de las avenidas unas difusas manchas blancas.

Hal corrió hacia la casa inmediata, donde vivían ellos. No quería dejar a Helen sola más tiempo del preciso. Se apresuró en el regreso.

De pronto, se detuvo en seco, abriendo mucho los ojos para ver ante él.

—¡No, Dios mío!—gritó, descompuesto,, soltando la caja metálica del sistema eléctrico—. ¡Eso no...!

El espectáculo era horripilante.

Se abalanzó hacia la edificación que crujió, estremecida, oprimida por una extraña y enorme forma blanda y viscosa, surgida de la negrura y de la lluvia. Distaba de ella cincuenta metros, que recorrió a grandes zancadas.

Dentro del edificio sonó un chillido escalofriante, terrible. La sangre se heló en las venas de Hal. Cayó en tierra, perdido el equilibrio. Se incorporó, pese a que el pie le dolía terriblemente, y cojeaba al reanudar la carrera. El grito se repitió, con trémolos agudos, estremecidos. Luego, se abatió un muro del edificio, presionado por los extraños tentáculos de aquella horrenda forma azul, fosforescente y gigantesca, surgida de la noche.

—¡Helen! ¡Helen! —gritó Hal, llegando ya ante los muros.

Vio las ruinas de la casa, los muebles y objetos destrozados entre los restos de los muros. Los gritos habían cesado. No había rastro de Helen. La forma azul se movía, reptaba como un enorme lagarto en la oscuridad. Con asombrosa celeridad, se revolvió hacia donde estaba Hal.

Aunque no poseía ojos ni boca, el ex agente de la SIP tuvo la vivísima impresión de que aquel ser veía perfectamente... y se

disponía a engullirle. Pero su vida, su suerte, en poder del ser dantesco que tenía delante, no le preocupó en absoluto. Era Helen, era su pequeño, quienes ocupaban por completo su mente. Lo demás era secundario, insignificante para, él, lanzado ya a la pendiente del imprevisible desastre, llegado unos minutos antes del momento en que hubiera sido capaz de evitar el caos, la muerte, el horror desatado sobre ellos.

El estruendo, los gritos, la tremenda confusión, había atraído la atención de otros vecinos de los McLeod. Hal vio salir gente de las casas. Lee gritó Para que se apartaran del peligro mortal que se cernía sobre ellos.

— ¡Atrás!—chilló, retrocediendo, a medida que el monstruo azul, sin forma ni rostro, se movía hacia el—, ¡Atrás todos...! ¡Dejad que caiga yo... pero salvaos vosotros!

Sus vecinos no le hicieron caso. Coolidge y otros corrieron a por los cables de conducción eléctrica, que desenchufaron rápidamente del interior de la vivienda, arrojándolos sobre la mojada hierba, y conectándolos luego a la red de alto voltaje.

Chisporrotearon los cables, culebreando la luz cárdena en la oscuridad. Ante aquellos chispazos eléctricos, el monstruo azul pareció resentirse. Se encogió sobre sí mismo casi hasta parecer una bola. El suelo, saturado de viscosidad azulada, centelleó, al transmitir la humedad con terrible intensidad las descargas eléctricas de alta tensión.

El monstruo retrocedió, cuando su distancia del indefenso y desesperado Hal McLeod era brevísima, casi decisiva. De súbito, Hal, en las fronteras de la misma muerte, a punto de ser succionado por las horribles y apocalípticas ventosas de la “célula” viviente, se encontró libre, empapado de lluvia, abandonado por su espantoso adversario...

—¡Espera! — rugió, descompuesto, enfurecido, presa de una delirante fiebre, de una desesperación inenarrable—. ¡Espera, maldito... y termina también conmigo! ¡Aquí estoy, aquí espero la muerte, bajo tu poder del infierno! ¡No me dejes con vida si has exterminado a los míos! ¡Asesino... monstruo... aguarda! ¡Aguarda un poco más... y llévame contigo!

Corrió, suicida, hacia la enorme bola azul que se alejaba, redando sobre el suelo, como un gusano o una larva ingente, enrollada sobre sí misma y pretendiendo escapar de algo que temía, que le causaba auténtica fobia.

—¡Quieto, McLeod, no sea loco! — gritó alguien a su lado. Un puño macizo y contundente le pegó sin rodeos en pleno mentón. Le derribó sobre la hierba húmeda, y cuando intentó levantarse de

nuevo, diez o veinte manos le asieron, impidiendo moverse—. ¡No se mueva de ahí!- ¡Estese quieto!

Las voces de los hombres llegaban hasta él. Al mismo tiempo, una ululante sirena que le era muy familiar, zumbó en los cielos. Aparecieron luces rojas en el espacio, entre las nubes que descargaban su temporal sobre Coney Island.

Las patrullas espaciales de la SIP acudían a la emergencia. Pero la plaga azul era demasiado rápida para que nadie pudiera ponerle freno o darle alcance a tiempo. Una vez más, se había perdido en la oscuridad la “célula” viviente, tras haber destruido el edificio donde vivían los McLeod...

* * *

—Lo siento, McLeod... Pero en las ruinas de su casa...

— ¡Terminen de una vez!—rugió Hal, incorporándose violentamente en el lecho donde yacía—, ¡Hablen! ¿Qué ha ocurrido? No había nadie, ¿verdad? Ese... ¡ese horror terminó con ellos! ¿No es cierto que ocurrió así? ¡Mi esposa... mi hijo... ambos fueron devorados, destruidos! ¡Quiero saberlo! ¡Quiero conocer la verdad, por horrible y dolorosa que sea! ¡Estoy preparado! ¡Vamos, hablen... hablen sin miedo! No voy a desmayarme. Sé que no puedo esperar ya nada... ¡Nada!

Coolidge miró, con un carraspeo, al resto de sus vecinos. Todos inclinaron la cabeza, demudados Solamente el anciano doctor Wallis mantuvo serenamente la mirada desorbitada de McLeod, para decir sencilla, serenamente:

—Es muy de lamentar, McLeod. Pero ya que está preparado a ello, creo que vale más decírselo. Ciertamente, no verá más a su esposa. Helen fue engullida, devorada por aquel horror... Pero su hijo... el pequeño Hal... vive. El muro que derribó el monstruo, le ocultó precisamente a su glotonería. Helen debió acudir en su defensa y pereció. No ha sido hallada.

—Dios mío... Mi hijo vive... pero ella, mi Helen... muerta—el rostro de Hal se volvió con aire estúpido hacia la ventana, miró al exterior, soleado y radiante tras la lluvia, aunque un aire frío y húmedo azotaba los cristales de las ventanas del hospital—. Murió sin tenerme a su lado... Sola y abandonada a su espantosa suerte...

Después, por primera vez en su vida, Hal McLeod se echó a llorar. El llanto brotó, espontáneo y natural, de sus ojos doloridos. Se ocultó a todos. No por vergüenza sino por dolor, por desesperación y ansias de sufrir en soledad.

Había una mezcla de júbilo por la salvación del pequeño con el

infinito y amargo dolor de haber perdido a Helen. Y, también, por pensar que la infortunada muchacha, encontró la muerte sola, sin su presencia y protección. Precisamente cuando él iba a buscar algo para defenderla, el destino les jugó la mala pasada Y la muerte llegó para ella. Espantosa y horripilante, como el grito de mujer, desgarrado, tremendo, que aún parecía repetirse, con lúgubres ecos, dentro del cerebro de Hal McLeod.

—Será mejor dejarle solo— observó el doctor Wallis, comprendiendo perfectamente, los sentimientos del joven—. El golpe ha sido demasiado fuerte... demasiado imprevisto... Él amaba a su esposa. El hecho de que haya conservado a su hijo, hoy no puede compensarle del dolor de esa pérdida, aunque algún día comprenda que la vida sigue... y que Dios ha hecho lo mejor que podía hacer para su amarga desolación actual: dejarle a la criatura que, en un futuro inmediato, será su mejor consuelo. Sin embargo, amigos míos, no puede razonarse con un hombre que acaba de perder a la mujer amada. Será mejor salir, por eso mismo. Tiene derecho a estar solo... a llorar en soledad consigo mismo y con sus recuerdos...

Asintieron todos los demás. En silencio, muy lentamente, fueron abandonando la estancia. Se cerró la puerta tras de ellos. Los sollozos ahogados, sordos, del joven McLeod, se perdieron tras la hoja de metal.

Como dijera el doctor, Hal McLeod tenía derecho a estar solo, y a llorar en soledad...

* * *

Donald Callowan se irguió lentamente. Miró con intensidad a su visitante.

Luego, empezó a mover lentamente su cabeza. De un lado a otro.

—Una vez, McLeod, estuvo usted como ahora, en esta misma oficina —dijo despacio el jefe de la SIP—. Entonces venía a pedirme su baja. Y se la concedí. Porque la SIP comprende los humanos afanes y sentimientos, y jamás se opone a que sus agentes sean hombres por encima de todo.

—Eso ocurría hace un año, señor— habló roncamente Hal McLeod—. Hoy es algo muy diferente lo que le pido.

—Sí, ya lo he oído. Quiere usted el alta. Nuevamente el título de agente de la SIP. Desea volver al lugar de donde salió hace doce meses.

—Sí, señor.

—¿Por qué, hijo?

La pregunta sencilla de Callowan sonaba paternal en sus labios. El hombre fuerte, noble y humano que regía los destinos supremos de la “Spacial International Police”, se inclinó hacia adelante, sin apartar los ojos de su joven interlocutor.

—Usted lo sabe bien, señor Callowan — musitó Hal.

—Yo sólo sé que ha perdido, a su esposa. Como otros muchos ciudadanos americanos han perdido a sus seres queridos. Nos enfrentamos a un mal que es una plaga. Como una epidemia mortífera, como una enfermedad contagiosa que fuera aniquilando a los que más amamos. ¿Eso es razón para volver a la SIP?

—Sí, señor. Esto será una plaga, como usted dice. Pero no una enfermedad. Son seres vivos, inteligentes, estoy seguro, los que cometen estas atrocidades. Quizás por culpa de alguien, como usted dijo.

—¿Qué quiere decir, McLeod?

—Repito simplemente sus palabras, señor. Usted dijo que el accidente posiblemente no fue tal. Alguien ayudó a que escaparan esos monstruos. Si eso es cierto... hay un responsable. Una persona a quien acusar de un monstruoso homicidio colectivo, de un acto criminal y abominable contra la especie humana...

—Hal, su imaginación va demasiado lejos — observó Callowan secamente—. Yo sugerí una teoría.

No se ha confirmado aún. Tal vez fue, después de todo, un accidente, tal y como pareció.

—Usted sabe que no fue así.

—McLeod, aunque realmente fuera eso, se trataría de un asunto de la exclusiva competencia de la SIP. Y usted ya no pertenece al Cuerpo.

—Pero solicito el reingreso.

—Tal vez se lo voy a negar, McLeod.

— ¡No puede hacerlo! — gritó Hal—. ¡He perdido a Helen, ya no tengo esposa ni hogar! ¡Tengo derecho a elegir mi nuevo camino!

—¿Olvida a su hijo, Hal?

—No le olvido— McLeod tragó saliva—. Pero Helen ha desaparecido. Fue devorada ante mis propios ojos por una de esas espantosas bestias azules. No descansaré hasta vengarla, señor Callowan...

—Hal, es un error volver a un Cuerpo policial por simple venganza personal. Los hombres que sirven en la SIP son fríos y desapasionados defensores de la ley. Usted lo sabe. No quiero odios, rencores ni cuestiones privadas.

—¿Ni siquiera contra unas células vivas, contra unos monstruos a los que hay que destruir a toda costa?

—Ni siquiera eso, McLeod. Por ello me veo obligado a rechazarle. No pertenece usted ya a la SIP. Es baja definitiva. No podemos admitirle de nuevo. Sus razones no bastan.

—¿No bastan?— Hal avanzó, impetuoso y se enfrentó con Callowan violentamente—. ¿No es bastante motivo para usted que haya perdido a mi mujer, que sea un hombre amargado y roto, que carece de objeto en la vida?

—Él que tiene un hijo, tiene un hermoso objeto en el mundo: verle crecer, verle hecho hombre, McLeod, no lo olvide.

—¡Basta de eso! — aulló Hal—. ¡Por última vez, Callowan! ¡Quiero volver a la SIP! ¡Es necesario que vuelva... para destruir al enemigo número uno de la Humanidad!

—Y por última vez, McLeod, le respondo yo, en nombre del Cuerpo que represento: ¡No!

—¿Por qué, Callowan?

Donald Callowan se retrepó en el asiento, entrelazó sus manos pacientemente. Su mirada era de puro hielo, al fijarse en Hal McLeod con fijeza. Luego, habló despacio, sereno, dueño de sí:

—No tengo por qué explicarle mis razones, Hal. Hágame caso, muchacho, y vuelva a su casa, junto a su pequeño. Olvídense de venganzas. Rece por Helen, como un buen cristiano. Y deje que nosotros vengüemos el dolor inmenso que hoy pasa usted. Sabe que soy su amigo, que lamento cuanto sufre hoy... pero no le concederé el reingreso en el Cuerpo.

—Muy bien — Hal se irguió, desafiante—. Tal vez sea peor para ustedes.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No puedo ir contra lo imposible. No soy capaz de hacerme agente a la fuerza, y acepto mi derrota ahí. ¡Pero sólo en ese punto!

—Aún no sé a dónde quiere ir a parar con esas palabras, Hal.

—A esto, Callowan: no seré agente de la SIP. ¡Pero me vengaré de quienes han asesinado a mi mujer! ¡Descubriré quién puso en libertad a los monstruos... y no seré feliz hasta verle morir, aplastado por esas bestias o lo que sean, engullido también por ellas...! Y si eso no es posible... ¡yo le mataré sin el menor sentimiento de piedad!

Gravemente, Donald Callowan observó a Hal mientras éste daba media vuelta y, con paso enérgico, abandonaba el despacho del jefe de la SIP cercando la puerta violentamente.

Callowan suspiró, abatido. Trató de encender de nuevo su

apagado cigarro puro, sin dejar de pensar con honda preocupación en el hombre que acababa de salir de su despacho.

Luego, irritado, sintió que el tabaco llenaba su paladar de un nauseabundo sabor áspero. Lo estrujó en el cenicero, y resolvió no fumar más.

—El día que el último de esos malditos bichos azules caiga, y Hal McLeod deje de ser un problema para mí—rezongó de mala gana—, Donald Callowan volverá a fumar un cigarro. Pero entretanto... ¡que me devore uno de los monstruos de Jansen si vuelvo a probar un habano!

Y muy preocupado, volvió a pensar en Hal McLeod. Luego, descolgó el visófono para impartir determinadas instrucciones a un departamento de la SIP.

* * *

—¿Jansen Farm pregunta, señor?

—Eso es. La residencia del profesor Alex Jansen.

—Ha muerto el profesor, señor.

—Ya lo sé. Yo no pregunto por él, sino por su granja.

—Jansen Farm se derrumbó casi por completo cuando escaparon las “células” que poseía el profesor. Desde entonces, nadie la ocupa ya. Está en venta. Aunque no creo que nadie adquiera esos terrenos.

—¿Y la señora Jansen? ¿Dónde está?

—La hermosa viuda se largó. Creo que vive ahora en Miami Beach.

—¿Sola?

—No. Acompañada de Harry Clayton, el ex ayudante del profesor Jansen. A ella le gustó siempre el joven auxiliar de su marido.

—Ya. ¿Y los demás?

—Selena Gruber trabaja ahora para el profesor Clem Davis, el que colaboró a veces con el profesor Jansen. En realidad, Davis era más un rival que un amigo de Jansen. Le envidiaba sus triunfos científicos y su fama. Posiblemente también su dinero.

—Entiendo. ¿Y Selena está con él?

—Si. Davis tal vez anda buscando ahora, aprovecharse de los descubrimientos e investigaciones del difunto profesor Jansen. ¿Y quién mejor que Selena para ayudarle, si fue ya leal colaboradora de Jansen en todos sus trabajos más secretos y complicados?

—¿Qué tal chica es esa Selena Gruber?

—Aparentemente honrada. Inteligente, joven y bonita. Pero de las

apariencias de las mujeres jóvenes, bonitas y, sobre todo, inteligentes, no puede uno fiarse mucho, después de todo, ¿no le parece?

—Sí, es posible. ¿Dónde puedo encontrar a Clem Davis?

—Es vecino de la Jansen Farm, Sólo que en vez de tener su finca sobre una colina, se yergue en el llano, entre palmeras. Y no hay redes eléctricas para llegar hasta allí. Pero si va, ándese con cuidado.

—¿Por qué?

—Davis es un tipo raro y de mala fama. Se dice que está bastante chiflado. Y que sería capaz de cualquier cosa por un triunfo científico, de la especie que fuese.

—¿Incluso de matar?

—Sí, creo que sí... Incluso de matar...

* * *

Hal McLeod dio las gracias y salió del lugar.

No era el primero que le hablaba así de los personajes del caso. Mucha gente, en Palm Beach, era de la misma opinión. Todo ello podía obedecer a una simple conspiración creada por la maledicencia popular. O a un auténtico sentido psicológico de la gente.

De cualquier modo, era hora de ahondar algo más en la cuestión. Entretanto, las emisoras de radio, televisión y estéreo-cine instantáneo de todo el mundo, difundían las últimas y terribles noticias sobre los horrores de los monstruos azules, que habían llegado incluso a dominar aeronaves tripuladas, engullendo luego a sus ocupantes, y logrando así ir extendiéndose por diversos continentes. De Europa, las últimas noticias llegadas a los Estados Unidos eran francamente alarmantes.

Los datos positivos hablaban de cinco o seis “células” destruidas por medio de la electricidad de alto voltaje. Esto, pensando que unas cincuenta de ellas se extendían por el mundo, era una cifra bien reducida.

Hal condujo su turbomóvil por entre las amplias alamedas bordeadas de palmeras de la población playera de Palm Beach. Helen había sugerido a veces el proyecto de ir un año a Palm Beach, a pasar el verano. Ella nunca iría ya allí. Y ahora que él estaba en la ciudad, ésta le parecía terriblemente vacía y desolada. No era el Palm Beach que ellos imaginaron. No podía serlo, sin Helen a su lado. Y con aquel ambiente angustiosa y tenso que dominaba al mundo, ante el horror azul, desencadenado por la loca inconsciencia de un sabio, Alex Jansen, y la posible influencia criminal de alguien que deseó la muerte y el fracaso para el infortunado Jansen.

Se adentró en dirección opuesta a la costa. Rebasó grandes bosques de palmeras, zonas pantanosas, y dejó atrás unas ruinas blancas, sobre una colina hermosa y exuberante. Había carteles derribados, cables eléctricos rotos, entre la hierba. Era Jansen Farm.

Los ojos de Hal contemplaron, pensativos, a su paso por allí, las ruinas que guardaban el secreto siniestro de aquel enigma. De allí salieron las “células” vivientes, comenzando a extenderse por el globo, en aniquiladora tarea.

Hal McLeod supo que allí no encontraría nada. Era un lugar abandonado, ahora, donde la gente no se aproximaba ya, asustada por el recuerdo del horror que albergó en sus entrañas, a espaldas de las órdenes rigurosas del Comité de Seguridad Internacional, y del que sus habitantes habían huido, tras la noche de pesadilla en que las monstruosas formas azules traídas por Jansen desde el planeta Venus, y cultivadas artificialmente en la Tierra, en busca de la droga o suero de la eterna juventud, dieron por único y desastroso resultado el que ahora sufría el mundo frente a su azote.

Hal McLeod dejó atrás a Jansen Farm, se adentró entre palmeras, y terminó saliendo a un claro, muy amplio y herboso, donde se alzaba una edificación circular, en forma de base cilíndrica, rodeada totalmente de grandes vidrieras amarillas, y con una serie de senderos trazados entre macizos de hierba alta y jugosa, que confluían en su curvada y amplia puerta de acceso.

Estaba en la residencia del profesor Clem Davis, colaborador y colega de Alex Jansen. Y, según el rumor popular, su más envidioso rival también...

CAPÍTULO VI

EN POS DE LA VENGANZA



ESEA información para una publicación de actualidad, señor McLeod?

—Eso dije, profesor Davis. ¿Podrá concederme esas declaraciones?

—Lo intentaré, por supuesto. Pero poco puedo ayudarle.

—Me han dicho que usted fue auxiliar directo de Jansen.

Clem Davis asintió despacio con su cabeza, pelada y brillante como una bola de marfil. Los ojos eran menudos y maliciosos. La barbita recortada, pelirroja, en torno a los labios delgados y sin color, contrastaba con esa calvicie. No era alto ni fuerte. Pero a pesar de todo emanaba fortaleza, muy superior al simple vigor físico.

—Sí, lo fui — confesó—. Pero ser auxiliar de Jansen no era lo que parecía. Uno nunca sabía a ciencia cierta lo que pretendía ni lo que buscaba, estoy seguro de que engañaba a mucha gente y decía lo que no era.

Hal preguntó:

—¿Incluso a usted?

—Incluso a mí — admitió Davis —. Podía hacerlo. Era muy astuto. Y temía que cualquiera le pudiese robar sus secretos científicos.

—¿Usted, por ejemplo?

—¿Por qué no? —rio el profesor Davis, insultante—. Hubiera podido robárselos, ciertamente. Era el más capacitado para saber lo que hacía o lo que buscaba. Por ello mismo, acaso fue a mí al primero a quién engañó.

—¿Usted no cree entonces en el hipotético suero de la juventud eterna?

—No digo eso. Yo, como científico, no creo en nada. Y, a la vez: admito todo como posible. Cuántas cosas negó el hombre en el pasado, siempre soberbio y necio en sus convicciones, que luego se han logrado. De modo que no niego. Pero tengo mis dudas sobre la teoría de Jansen. No acabo de ver claro que aquellas “células” súper desarrolladas por la abundancia de oxígeno en nuestro aire, tan distinto al nocivo y pobre de Venus, pudieran encerrar razón alguna para dar la inmortalidad al organismo humano, o poco menos.

—Pero ayudó muchas veces a Jansen, ¿no es cierto?

—En efecto, sí. Mi ayuda, sin embargo, no era trascendental. La que de verdad podía tener una idea exacta de lo que en realidad buscaba Jansen es su mujer.

—¿Marcia Jansen es científica?

—Estudió con su marido, y aun sin terminar la carrera, posee una inteligencia y un dominio del trabajo de su esposo, que podía ayudarle eficazmente en todo. Pero ella jamás diría la verdad sobre sus trabajos. Que supongo han dejado de tener importancia real ahora.

—¿Había otros auxiliares?

—Sí. Harry Clayton y Selena Gruber.

—¿Qué tal tipo es Clayton?

—Un buen auxiliar, desde luego. Y muy joven y bien parecido.

—¿Esto último tiene alguna importancia?

—Ninguna — pero un gesto malicioso asomó a los ojos agudos de Davis—. Era una simple alusión a su físico.

—Ya. ¿Y Selena Gruber?

—Una preciosidad. No es una notabilidad en su labor, pero tiene sentido común y es laboriosa. Dos cosas muy importantes. De tonta no tiene nada en absoluto.

—Me han dicho que trabaja con usted.

—La gente siempre quiere saberlo todo. Pero en este caso aciertan. Está aquí, colaborando conmigo en un plan investigador. Muerto Jansen, he perdido un poco mi complejo de inferioridad. Creo que haré cosas realmente notables, sin su sombra.

—¿De modo que su muerte le beneficia en realidad, Davis?

—Oh sí...—se paró de repente, como si hubiera hablado demasiado—. ¡Un momento! Habla usted como si realmente hubiera sido yo su matador.

—¡Qué tontería!—rio agudamente McLeod—. Todos saben que le engulló una de sus mimadas “células”. A no ser que usted soltara a los monstruos, difícil veo que pudiera matarle...

—¿Se ha vuelto loco? — aulló Davis—. ¿Yo soltar esos seres abominables? ¡Cielos, no! Nunca hubiera hecho algo así. No me gustaba Jansen. Le hubiera visto gustosamente en una isla desierta, o perdido en el espacio. Pero devorado por uno de esos monstruos... es francamente horrible. Le juro que no lo hice.

McLeod pidió:

—Cuénteme lo que pasó la noche que escaparon las “células”. Yo acababa de estar allí, me retiré cuando el profesor Jansen le esperaba a usted...

—No llegué a la casa a tiempo, estaba en camino cuando una chispa me detuvo. Vi saltar los sistemas eléctricos de Jansen Farm. Aceleré para llegar. Pero tarde. Aún llegué a tiempo de ver desaparecer a los últimos seres azules. Comprendí con horror todo lo sucedido. Por un momento, temí que todos hubieran perecido en la casa. Pero no fue así. Aparte de Alex Jansen, que salió al descubrir la fuga y fue engullido por el que iba a la cabeza del grupo, los demás habían logrado escapar al caótico horror.

—Resulta curiosa tanta suerte, ¿no cree?

—¿Qué quiere decir con eso? ¿También supone que ellos estuvieron mezclados en el accidente, y éste no fue casual? ¿Es eso lo que sugiere, McLeod?

—No he dicho eso, profesor.

—Pero lo ha sugerido. Oiga, ¿usted es periodista o policía?

—Le puedo asegurar que no soy policía dijo Hal, sin mentir —. Y no quisiera que se irritase conmigo. Ahora tengo gran interés en hablar con la señorita Gruber.

—Está bien — rezongó de mala gana el profesor Davis —. Venga conmigo. Está en el laboratorio, trabajando.

Le acompañó a lo largo de un gran corredor encristalado. Al final se hallaron en un pabellón circular, cuyo techo era una enorme claraboya por la que penetraba la luz del día crudamente.

En su centro, ante una larga mesa blanca, metálica, provista de distintos elementos químicos y físicos, trabajaba una joven de cabellos rubios, figura escultural y bellísimas piernas, cuyos ojos, grandes y pardos, se volvieron hacia Hal, cuando entró, precedido de Clem Davis.

—Hola— Saludó el sombrío y taciturno Hal—. ¿Señorita Gruber?

—Yo misma, señor. ¿Y usted?

—Hal McLeod, del “News Magazine”. Busco información sobre lo ocurrido en Jansen Farm.

—¡Dios mío!— Selena perdió color, y se estremeció visiblemente. Sus manos dejaron un tubo de ensayo y una ampolla. Miró a Hal, como asustada —. ¿Por qué remover eso de nuevo? Valdría mucho más olvidar...

—Olvidar, nunca sirve de nada. Y ni siquiera se olvida, cuando es algo realmente trascendental... Sé que el profesor Davis no estaba esa noche en el edificio. Pero usted sí. Me gustaría saber cómo sucedió todo.

—Fue muy rápido... — Selena dejó la labor y dio unos pasos hacia Hal. Éste la contempló atentamente, sin apartar los ojos de ella —. Pero puedo decirle que, previamente, se produjo el cortocircuito. Luego fui yo la que creí oír ruidos en el muro metálico del subterráneo destinado a las “células”. Asustada, avisé de ello a Harry Clayton. Él dejó de atender a la señora Jansen, con quien se encontraba en aquellos momentos. Recordó, palideciendo, que Alex Jansen había entrado en el pozo. Entonces también lo recordamos nosotros.

—¿Y qué hicieron?

—Acudir en ayuda de Jansen. Pero por el altavoz conectado al interior del pozo, nos llegó el extraño silbido que producen esos

animales, “células” o lo que sea, al moverse rabiosamente, para salir de su escondite. Por otro lado, la voz del propio Jansen, muy deformada por el miedo y por la angustia, nos gritó que nos apartáramos, que ya no había remedio allí dentro, y estaba acorralado por sus “células”. Al salirle mal el experimento decisivo, parecía desolado. Y ni siquiera le importaba hallar la muerte. En aquel instante se percibió el chispazo. Llegó el corte de luz.

—¿Y después?

—Después la voz de Jansen se apagó por completo. Las puertas parecían sólidas, hasta que comenzaron a desgajarse, dando salida a las legiones de monstruos azules, que todo lo arrollaban y engullían. Rotos los mandos magnéticos, absolutamente nada se podía hacer ya por impedir el caos. Escapamos del mejor modo posible, dirigidos por la señora Jansen. Ella mantuvo una sangre fría impresionante, y antes de que nos pudieran alcanzar los cuerpos azules, ya había obtenido ella un medio de escabullirse de allí antes de que los monstruos nos arrojaran. Lo cierto es que faltó poco, porque era tan terrible la fuga, que todo lo destruían a su paso.

—¿Cómo eludieron el ataque a muerte de esas células”?

—Utilizando las piernas un poco, y el cerebro mucho más — rio sin ningún humorismo la joven auxiliar—. Escapamos, pero a campo traviesa hubiéramos terminado por ser cazados. Dimos un rodeo, a instancias de la señora Jansen, y luego nos metimos de nuevo en la finca, por otra puerta posterior. Las “células” podrán ser muy inteligentes, pero el último lugar que hubieran pensado en atacar era precisamente el mismo de donde salían. Y una vez afincados de nuevo en la casa, mientras los seres azules se alejaban, mantuvimos mil precauciones, para evitar que nos sorprendieran de nuevo. Pero ninguno volvió al lugar de origen y cuando hubo pasado el peligro de un modo relativo, nos apresuramos a dejar nuestro refugio.

Hal McLeod asintió despacio. Al parecer, le convencía el relato de Selena Gruber. Y encontraba muy atinada la estrategia de la señora Jansen, al volverles a ocultar allí de donde huyeran poco antes los enemigos despiadados y mortíferos.

—¿Encontraron algún rastro de Jansen?

—Poca cosa — se estremeció ella—. Sus gafas rotas en la plataforma metálica, adonde se auparon todos los monstruos, al tener disponible la escalerilla, con los sujetadores de seguridad rotos. Un charco de sangre, y creo también que uno de sus zapatos.

—Encontró su justo castigo a tanta temeridad e imprudencia. Lástima que no se le pueda devolver la vida. Era un gran sabio. Pero un gran loco también, al hacer correr a todos ese riesgo.— Hal

McLeod respiró hondo—. Si existiera, se le procesaría por imprudencia criminal. Son muchos los que, han muerto por su culpa.

—Cuanto usted pueda reprocharle al profesor, ya se lo dije yo anteriormente —objetó Selena con voz firme—. Pero no sirvió de nada. ¿Qué es lo que buscan ahora, al hacer estos reportajes? No me gustaría que fueran injustos en demasía con el difunto Jansen Farm.

—No es eso lo que ando buscando —miró fijamente a Selena. Le espetó luego —: En mi periódico han recibido una confidencia. Al parecer, se sospecha que “alguien” pudo romper el mecanismo de aquella escalera... provocó el cortocircuito. ¿Usted qué cree, señorita Gruber?

Selena palideció intensamente. Y volviéndose de pronto a su jefe, el profesor Davis, gritó con voz ronca:

—¡Dios mío! ¿De modo que era cierto? ¿Asesinó usted al profesor Jansen y destruyó su obra, profesor Davis?

* * *

—Creo que se precipitó al acusar tan abiertamente al profesor Davis, señorita Gruber...

—Pero... pero yo creía que era eso lo que usted sugería— balbuceó ella, aturdida y confusa aún, sorbiendo un largo trago de café, frente a la vista, nubosa de la playa—. ¿Qué otra persona podía tener interés en aniquilar al profesor y acabar con sus trabajos científicos?

—Evidentemente, el profesor Davis es nuestro sospechoso número uno —sonrió tristemente Hal McLeod—. Pero puede haber otros.

—¿Yo?

—Podría serlo.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? ¿Y cómo?

—Fingir dos accidentes lo puede hacer cualquiera, hombre o mujer. Respecto al porqué, es más difícil ya. Pero supongamos que usted le odiase por cualquier razón. O que, pagada por el profesor Davis, hiciera el sabotaje. Es factible, ¿no?

—Creo que sí. Sin embargo, no es cierto.

—En efecto, no creo que sea cierto.

—¿Por qué?

—Es usted una muchacha muy bella y muy femenina para llevar tanta perfidia encima. Además había otras personas en la casa, aparte de ustedes dos.

—No muchas —sonrió Selena—. Descartada la señora Jansen...

—¿Por qué descarta a la señora Jansen? — cortó con viveza Hal McLeod levantando una mano—. Ella también podría ser culpable...

—¿Destruyendo a su propio marido?

—¿Por qué no? Alguien me dijo que apreciaba mucho a Harry Clayton. Creo que incluso se lo ha llevado consigo adonde ahora está.

—Ése es un odioso chisme.

—Puede ser. ¿Clayton es joven y bien parecido?

—Sí — confesó Selena de mala gana—. Pero a mí no me gusta.

—Eso no quiere decir nada. ¿Y la señora Jansen? ¿Cómo es?

—Hermosísima — la describió fielmente—. Quizá la mujer más hermosa que yo he visto...

—Y, por lo que veo, mucho más joven que Jansen.

—Sí, bastantes años. Pero eso no creo que...

—Señorita Gruber, o es usted de muy buena fe, o no quiere que culpen a sus amigos de nada. En la juventud misma de la señora Jansen y del joven Clayton puede estar un motivo para un crimen. En la vida se han cometido muchos ya por esa misma razón.

—La señora Jansen es una mujer honesta, según mi criterio — sostuvo la rubia y linda muchacha obstinadamente—. Jamás le vi nada extraño con Harry Clayton.

—Yo no la acuso. Simplemente, apunto sospechosos.

—Señor McLeod, usted me ha traído a almorzar aquí para hacerme más y más preguntas. ¿De veras es periodista... o pertenece a la policía?

—No soy policía..., pero tampoco soy periodista

— confesó Hal, agitando sus manos expresivamente—. He pertenecido a la SIP durante varios años. Ahora he vuelto a solicitar el ingreso. Pero no han querido dármelo.

—¿Por qué lo pidió?

—Porque mi mujer ha muerto. La mató una “célula” viviente de Jansen — se inclinó, sombrío. Bajo la piel de su rostro, las mandíbulas se crispaban espasmódicamente—. ¿Comprende ahora por qué hago todo esto?

—Sí..., y de veras lo siento. ¿Qué razones han tenido para no aceptarle en la Policía Internacional del Espacio nuevamente?

—Que no admiten a hombres que anteponen su venganza personal a su sentido de justicia. Y que tengo un hijo... una criatura que solamente tiene unas semanas...

—¡Dios mío, señor McLeod, debe sufrir mucho! —musitó Selena, mirándole con interés. Tenía unos ojos profundos y claros, que

estudiaron intensamente a Hal—, Pero ¿cree que aquí está la razón de su venganza, aquello que puede servir para que descubra algo capaz de alentarle, de conducirlo a su ansiado desquite?

—No lo sé—. Hal se encogió de hombros, con exasperación—. He sido siempre un buen policía. Ahora no. Mi propia pasión me ciega. Y el caso es muy diferente a todos los que tuve que resolver durante mi vida de agente de la SIP.

Ella dijo:

—Tal vez está haciendo una montaña de un grano de arena. Si todo fue un accidente, una casual y fatídica coincidencia de averías, camina tras un fantasma, tras de algo que no existe. ¿No sería mejor tratar de destruir a aquellos que siembran el terror por el mundo, de aniquilar a quienes directamente han matado a su mujer, McLeod? También sería un medio de vengarse. Y posiblemente mucho más lógico. Nadie podía desear el mal de Alex Jansen...

—¿No? ¿Entonces por qué envenenaron un vaso de leche, por qué conectaron la alta tensión que él mismo desconectara, salvándose por ir vestido de amianto, caucho y material aislante? ¿Esto no significaba que alguien deseaba verle muerto?

—No sé... — Selena inclinó la cabeza pensativa—. No puedo imaginarme a nadie... tratando de matar a Alex Jansen.

—Ojalá yo tuviera su seguridad, en uno u otro sentido. Lo malo de mi es que dudo, que nada está claro ante mis ojos.

—¿Y qué va a hacer? ¿Quedarse en Palm Beach a aclararlo?

—No. Aquí solamente están ustedes dos, el profesor Davis y usted, Selena. En cambio, en Miami Beach están Marcia Jansen y su compañero, Harry Clayton.

—¿Va a ir a verles también, en ese caso?

—Es justamente lo que estoy pensando hacer ahora mismo... Ir a Miami Beach.

CAPÍTULO VII

PESADILLA AZUL



REO que miente usted, señor McLeod. Mi marido murió a causa de aquel desdichado accidente que él mismo se buscó con su imprudencia. Nada más.

Hal hizo acopio de paciencia, sin quitar su mirada intensa y viva de la hermosísima mujer vestida de luto, cuya falda breve permitía apreciar la belleza escultórica de sus largas piernas. Selena no le había engañado. Era una hermosura poco común. Pero a juicio de Hal, tenía algo de frío, de distante y poco cálido.

—Eso es lo que usted dice — observó, glacial—. Yo pienso otra cosa. Y conmigo, otros muchos.

Ella preguntó:

—¿Por ejemplo?

—La SIP.

—¡La SIP! Usted no pertenece a ella.

—Pero he pertenecido. Conozco mi oficio, señora Jansen. Lío debe ponerme dificultades, sino tratar de ayudarme, ya que usted no está complicada en ello; todo lo contrario, sería en perjuicio de usted.

—Si le ayudo, admito que alguien quiso asesinar a Alex: Y eso es falso.

—¿Falso dice? ¿Por qué cree entonces que fue Callowan a verle? ¿Por simple amistad tal vez? No, señora Jansen, su marido escribió secretamente al jefe de la SIP, a espaldas de todos ustedes. Porque tenía miedo. Miedo de morir. Y murió. Extraño, ¿eh?

—Puede ser casual.

—Claro que puede serlo. Pero entonces va a resultar que todo en el mundo es casual e inocente. No, señora Jansen. Estoy seguro de lo que afirmo. Su marido temía a alguien, y ese alguien soltó a los monstruos, sin preocuparse de la matanza mundial que eso iba a suponer. Si todo es así, las “células” serán culpables indirectas. Y el auténtico criminal será el hombre que fue capaz de dar suelta a seres de pesadilla, capaces de todos los horrores.

—Suen a imposible...—Marcia Jansen respiró profundamente —. Pero si es así, le ruego que siga investigando. Y que descubra al culpable, por encima de todo.

—¿Sea quien sea? — puntualizó Hal suavemente.

—Sea quien sea, sí —ceñuda, Marcia le estudió en silencio. Luego interpeló—: ¿Por qué me dice usted eso?

—¿No se ha dado cuenta aún? — habló una voz fuerte y varonil a espaldas de ambos—. Este caballero parece sugerir que acaso sea yo el hombre que planeó matar a Jansen, en una especie de crimen perfecto.

— ¡Harry! —ella se volvió, alarmada—. Oh, querido, ¿por qué dices cosas tan horribles?

—La pura verdad, ¿no es cierto, señor? — se plantó delante de Hal McLeod, y se inclinó con energía hacia él—. Yo tengo el motivo tan evidente, resulta casi obligado acusarme del posible crimen: voy a casarme con Marcia Jansen. Tenemos casi la misma edad El profesor era un viejo chiflado que nos estorbaba. Y le maté, provocando una fuga de los monstruos, que le devoraron.

—¿Es cierto que van a casarse? —interpeló Hal, con voz grave.

—Muy cierto — suspiró Marcia Jansen; Estoy harta del matrimonio con un hombre viejo, trastornado por sus ideas científicas, como Alex Jansen. ¿Quiere usted saber más verdades agrias y desagradables, señor McLeod? ¡Pues aquí las tiene!

Se incorporó, adelantando belicosamente el rostro y habló con acento apasionado:

—¡Alex estaba loco, y hubiera acabado enloqueciéndome a mí, con sus chifladuras y demencias! ¡Pero se equivocó totalmente en sus experimentos, y eso le tenía más desquiciado aún! Le odiaba por la vida horrible y aislada que me daba, lejos de todo lo hermoso que hay en el mundo. Le hubiera matado de buena gana, si...

—¿Para casarse con Harry? — dijo sarcásticamente Hal.

—¡No, no he advertido que amaba a Harry hasta que ha faltado Alex! ¡Nadie, ni siquiera mi propia conciencia, puede reprocharme nada! He sabido ser siempre una esposa digna y leal, por encima de aversiones y desalientos. Ahora que soy libre, todo es muy distinto. Elegiré ya mi propio camino, sin preocupaciones. Pero nadie va a llamarme criminal, porque nada sé de eso, ni he hecho ningún mal a Alex jamás.

—Señora Jansen, es usted muy considerada al admitir aquí que deseaba el fin de su marido. Esa misma sinceridad me hace suponer que usted no es el culpable que busco. Pero es sólo una suposición.

—¿Acaso piensa que soy yo? — habló irónicamente Harry Clayton.

—No. Usted creo que es un muchacho joven y arrogante, que lógicamente tuvo que ejercer su influencia en la señora Jansen. Y ojalá

sea solamente eso. Ustedes dos, Selena Gruber y el viejo profesor Davis, son mis cuatro sospechosos. Uno de ustedes lo hizo, cada vez estoy más seguro. Sólo me falta descubrir quién...

—¿No piensa descansar hasta que lo consiga? —aventuró Harry Clayton.

—Exactamente. No descansaré hasta descubrir por qué esa plaga azul se ha dispersado por el mundo, provocando el terror, la angustia y toda clase de desastres. Y sobre todo, sí realmente lo hay... “quién” lo hizo.

—Si da con él, ¿qué le ocurrirá al asesino?

—Si yo le doy caza, no llegará a ser capturado con vida. Si son otros, sólo deseo que no se libre de la pena capital que le corresponde por homicidio provocado, a través de esos peligrosos monstruos.

Harry Clayton y Marcia Jansen, se miraron fijamente a los ojos: Luego se estremecieron visiblemente, sin advertir Hal a ciencia cierta el porqué...

* * *

Hal McLeod abandonó Miami Beach, en el reactor que le condujera hasta Florida. Ya había conocido a los cuatro personajes que compartían con el profesor Alex Jansen la vivienda de la colina, la destrozada Jansen Farm.

Y continuaba en tinieblas. No estaba seguro de nada, ni creía que pudiera llegar a estarlo en breve plazo, porque en realidad no existían pruebas ni indicios contra nadie. Davis, por ambición, envidia y enemistad, pudo hacerlo. Pero no estaba en la casa en el momento de ocurrir. Marcia Jansen parecía muy interesada por Clayton, para ser una cosa repentina. Aunque pudo ser una atracción subconsciente, revelada tras la muerte de Jansen. Si no, aquí había una buena razón para matar... Respecto a Clayton, valía la misma razón que para Marcia. Con el agravante de que la señora Jansen recibía ahora toda la herencia del profesor, y esto era siempre un bocado apetitoso para un hombre arrogante, dedicado a cazar dotes. Aunque quizá Clayton no fuese de esos.

Deliberadamente, dejaba fuera de toda sospecha a Selena Gruber. ¿Por falta de pruebas y de razones? Posiblemente. Pero también porque algo en él se resistía a imaginar a la joven Selena como culpable de algo tan terrible y devastador como la infamia cometida aquella noche. Su suave y juvenil belleza parecía lo más opuesto a un simple acto de violencia a un odio o enemistad.

Se resistía a considerarla sospechosa.

Era posible que estuviera cometiendo un error. Se daba cuenta de que su mente no funcionaba con la habitual rapidez que empleara cuando actuaba para la SIP. Ahora algo lastraba sus ideas, su clarividencia. Tal vez el prolongado alejamiento de sus tareas. Acaso el desconcertante aspecto de aquel pavoroso mal. O, por otra parte, la inexistencia de la culpabilidad humana premeditada que él buscaba, que podía llevarle durante meses tras una pista falsa, despreciando la explicación más lógica y normal de todo, como era aceptar que los dos sucesos accidentales coincidieron con auténtica fatalidad, provocando el desastre.

Pero de nuevo, obstinadamente, la cabeza crespada de Hal McLeod, ante el curvado y ancho parabrisas de plástico de su mono-reactor, lanzado a una velocidad formidable sobre la costa de Florida, hacia el norte, se movió de lado a lado, con expresión dubitativa, francamente contrariada a medida que avanzaba el tiempo.

—No, no puede ser — se repitió—. No creo en esa casualidad. Estoy seguro. Uno de los cuatro miente, y asesinó indirectamente a Jansen. Pero “quién”? Y ¿por qué motivos?

De súbito, ocurrió algo ante la nave voladora de Hal McLeod.

Surgieron unas lomas de considerable altura. Hal se dispuso a rebasarlas, rozando sus cimas redondeadas suavemente.

En aquel momento, lo que parecía cumbre de la loma o una gran roca inmóvil, empezó a cobrar vida, a moverse... y a teñirse de un vivísimo tono azul su epidermis escamosa y blanda.

Quiso saltar lejos, movió los mandos para ello con frenética rapidez.

No consiguió nada. El esfuerzo había sido tardío. Y, de súbito, experimentó una horrible sensación al advertir que unas extremidades largas, provistas de ventosas, se estiraban inverosímilmente... y atrapaban con rapidez y fuerza inaudita la forma esbelta y rápida de la nave.

Tiró con violencia de los mandos. En vano. Ya estaba en poder de uno de aquellos monstruos. A bordo no llevaba arma de ninguna especie, y los cañones externos de la nave habían sido desmontados cuando dejó de pertenecer a la SIP.

La “célula” viviente tenía una fuerza ciclópea, colosal. Aferró con tal virulencia el vehículo, que éste, pese a los grandes esfuerzos de Hal McLeod, no lograba arrancarse de las ventosas horribles, del poderoso abrazo mortífero de aquel ser horripilante, nauseabundo.

Probó de poner nuevamente en marcha los dos turbos posteriores. Inútil. Los reactores habían parado porque los mandos no respondían. Las dos manos de Hal se crispaban, furiosas, sobre las palancas.

Solamente consiguió darle un vuelco en el aire, que no bastó a arrancarlo de la poderosa zarpa del monstruo.

Luego la “célula” azul alzó en vilo la nave. Iba a estrellarla contra la colina inmediata, lanzándola como un pedrusco. Hal advirtió su intención. Así después de los residuos de la nave arrancaría la vida o vidas que imaginara iban dentro, nutriéndose con las energías de los seres humanos.

Hal se aferró a los salientes metálicos del muro, mientras su nave salía dando tumbos, despedida por las ventosas absorbentes de la “célula”. Se estrelló en el suelo, desgajándose el metal con un crujido escalofriante. Los vidrios se hicieron añicos, y saltó una chispa cárdena del cuadro de mando, al romperse las conexiones eléctricas de a bordo.

Hal rodó por tierra, aparatosamente. Luego, tomando alientos, encogido en un rincón de la nave, fue incorporándose, mientras al lado, opuesto del destrozado fuselaje, la forma azul y espantosa se iba irguiendo, hasta cubrir todo el radio de acción de los ojos de McLeod. Aquellas “células” vivían y crecían considerablemente en el ambiente terrestre, rico en oxígeno.

Hal comprendió que, si se quedaba dentro de la nave, los tentáculos de la “célula” entrarían a por él. Y si, por el contrario, salía al aire libre, enfrentándose a la extraña criatura, el peligro de ser devorado en el acto sería inminente.

No tenía armas ni medios para defenderse del terrible y alucinante enemigo.

¿Qué podía hacer en tan desesperada situación?

CAPÍTULO VIII

FRENTE AL HORROR



OMENTOS angustiosos, estremecedores. Dentro de su ser, el recuerdo del terrible final de Helen surgió de nuevo, escalofriante. Cada segundo de la espantosa noche vivida en Coney Island, bajo la lluvia, volvieron a su mente, convulsionaron su ánimo

Un odio feroz, instintivo y terrible, hacia aquella forma azul qué allá afuera pugnaba por repetir su golpe, creció en él, hasta dominarle por completo.

Era una especie de sentimiento animal, irreflexivo, una furia desorbitada e implacable, que por desgracia no tenía medios de expresarse, armas para cristalizar en un acoso del hombre a la materia azul que le atacaba.

Hal McLeod se revolvió, furioso, dentro de la nave rota y semiplastada en tierra. Buscó en vano un arma, mientras las ventosas azules se adherían al metal rasgado y empezaban a moverlo, a abrir brecha para entrar a por el hombre indefenso confinado allí dentro.

Hasta Hal llegaba en oleadas la superabundancia de oxígeno del aire, emanado por los poros de aquella materia que absorbía ingentes cantidades de oxígeno puro, para luego escupirlo inmediatamente, sin gas carbónico.

La viscosa forma azul iba penetrando ya en la nave poco a poco.

Las manos de Hal se aferraron a los mandos. Retrocedió un poco, estremecido por la leve sacudida eléctrica del metal, en el que hacía contacto el cable roto.

Le asaltó una idea fugaz, desesperada. Las “células” venusinas eran alérgicas, intensamente alérgicas, a toda electricidad. Naturalmente, la de alto voltaje era la que les dañaba mortalmente, y a bordo de la nave no existía alta tensión. Sin embargo, había electricidad. Y eso era lo único que podía utilizar en su beneficio.

Lo único que podía salvarle, aunque fuese una experiencia sumamente dolorosa. No vaciló. Descalzóse sobre el suelo metálico. Sus pies desnudos tocaron la planta de acero de la nave. No apartaba los ojos del gran boquete por el que ahora el tentáculo, provisto de ventosas, se movía ya aceleradamente hacia él, cada vez con mayor rapidez y violencia.

Tomó un extremo del cable roto de la corriente eléctrica de a bordo. Se lo aplicó a un pie, ligándolo en torno del tobillo, procurando

que su extremidad rota le tocara justamente la piel.

Hizo lo mismo con el otro, en el pie opuesto. Rápidamente, aproximó la extremidad contraria del cable al otro pie. Y no pudo hacer más. Un cosquilleo violento, un constante estremecimiento doloroso y espasmódico, empezó a sacudirle. Su cuerpo vibró, al pasar por él la corriente eléctrica, convirtiéndole en una especie de conexión o prolongación del propio cable conductor roto.

La sensación física era molesta, dolorosa. Le temblaban las piernas, hormigueaban desagradablemente piernas y brazos, sentía un calambre seguido y restallante dentro de su boca, estómago y cerebro.

Esperó, sin moverse. La forma azul llegó muy cerca de él, vio las succionantes y nauseabundas ventosas casi rozándole la piel. Todo su cuerpo se iluminó con un reflejo azulado, dada la proximidad mortífera del enemigo atroz.

Y de repente, la materia aquella, pegajosa, fría y nauseabunda, le tocó. Su escalofrío de horror superó, incluso, al que provocaba la corriente, circulando por su cuerpo.

Ocurrió lo que había esperado. Lo único que, en realidad, podía salvarle de su horrible suerte, encerrado en aquella nave destrozada.

El latigazo de la energía eléctrica pareció centuplicarse al tocar la materia blanda de la “célula” venusina y sacudió a su enemigo. Una especie de chirrido, casi de “grito”, surgió de aquella carne o lo que fuese, que pegó un respingo hacia atrás. Una mancha cárdena oscura brotó en la extremidad azul. Vertiginosamente ahora el tentáculo o miembro se retiró del interior de la nave derribada, con los movimientos precipitados, dolorosos, de quien ha sufrido un rudo embate que deja honda huella en él.

Había soltado a Hal sin nuevas intenciones, singularmente reacio a buscar nuevamente el contacto. Se retiró en el exterior, y Hal le vio reptar, alejándose como un perro apaleado.

Se arrancó de un tirón el cable de un pie. Cesó de temblar, sacudido por la electricidad, y experimentó un fuerte dolor de cabeza y náuseas. Sin embargo, lo había conseguido.

Por primera vez una “célula” había retrocedido ante un hombre. Éste la había vencido limpiamente, en duelo mortal cara a cara, frente a frente a aquel horror sin precedentes, desatado sobre la Tierra en las últimas fechas.

—¡Gracias, Dios mío, gracias...!—susurró entre dientes, dejándose caer sentado en la plancha metálica del suelo—Me he salvado... Me he salvado... Así podré seguir dedicando mi vida a combatir a esos monstruos..., a vengar a Helen... y a cuantos han sufrido el azote de esa plaga infernal...

Hal McLeod entró en la guardería con paso firme. Una de las enfermeras del establecimiento infantil le sonrió suavemente.

—Puede ir al cuarto de recreo, señor McLeod — le señaló—Su hijito está allí, atendido por la persona correspondiente. En seguida ha llegado la encargada que usted solicitó para atender al niño.

Hal sonrió, agradecido. Había hecho insertar un anuncio, solicitando una mujer que cuidase del pequeño Hal. En el mismo centro infantil, donde ahora se encontraba el pequeño, sometido a los cuidados de la organización, habían bautizado ya al pequeño. Pero la solemnidad no pudo revestir cordial, feliz y risueño que él soñara allá, en Coney Island, cuando invitó a Donald Callowan a la fiesta bien ajeno a la angustiada realidad que le amenazaba, sin poder prever la noche de dolor que iba a caer sobre su vida y la de sus seres queridos...

Llegó a la sala de recreo. Era admirable la abnegación de las mujeres que, sin vacilar, atendían a los anuncios de “telex” que solicitaban cuidadoras especialmente dedicadas a un solo niño y que, alojándose dentro de la institución, eran como segundas madres para las criaturas.

Se detuvo en el umbral. Vio al pequeño Hal en brazos de una mujer. Una muchacha joven, vuelta de espaldas a él, que estaba vistiendo con graciosa sencillez y amor al pequeño.

Hal sintió una congoja extraña dentro de su pecho. Evocó a Helen, haciendo ese mismo menester con amoroso celo. Helen... Casi le parecía tenerla de nuevo ante él, repitiendo lo que tantas veces la viera hacer en casa, cuando en su existencia todo era felicidad.

—¡Dios mío...!—susurró, cerrando los ojos—, ¡Dios mío...!

Los abrió de nuevo, y avanzó hacia el niño. Lanzó una interjección de asombro.

—¡Usted! — Musitó, contemplando el rostro de la joven cuidadora del niño—. ¡No es posible!

—Y ¿por qué no, señor McLeod? — sonrió Selena Gruber, agitando en brazos al pequeño—. Mira a papá, Hal querido. Aquí lo tienes, viene a verte. ¿No vas a darle un beso muy fuerte?

Hal besó a su hijo y éste agitó sus manitas, jugueteando con los cabellos del ex agente de la. SIP. Dominando su emoción, McLeod se volvió a la joven, que seguía sonriendo risueñamente.

—¿Cómo ha venido aquí, señorita Gruber? — preguntó intrigado.

—Leí su anuncio en el “telex”. Y yo sabía ya lo de su pequeño en soledad. Creo que cualquier mujer es admitida como cuidadora,

siempre que sepa las más elementales obligaciones maternas. De modo que me presenté aquí, y fui aceptada.

—¡Pero usted! Una mujer científica, una muchacha con sus compromisos y su labor con el profesor Davis...

—He dejado al profesor Davis — rio ella—. No era un trabajo de mi gusto, sinceramente. Además creo que todos hemos sido un poco culpables en su desgracia de hoy. Los que conocíamos la loca idea del profesor Jansen, debimos de haberla denunciado oportunamente al Comité de Seguridad Mundial. Hubiesen mandado a una patrulla de exterminio, y eso hubiera terminado con el azote, antes de llegar a constituir el peligro terrible que es para la civilización actual.

—¿Sólo por eso ha resuelto venir a cuidar de mi hijo, señorita Gruber, cuando usted apenas me conoce... y cuando tantas otras familias pueden precisar sus servicios?

—No sé. Lo cierto es que a los demás no les conozco, y a usted sí. He creído advertir su tragedia interior, su dolorosa soledad de hoy, la necesidad que tenía de que su pequeño encontrara un afecto tierno y entrañable a su lado. Por eso me he decidido a venir. Respondí al anuncio y dejé al profesor Davis, todo lo irritado que usted puede imaginarse.

—No sé cómo agradeceréelo, señorita Gruber...

—Llamándome Selena — sonrió ella dulcemente—. Somos amigos, McLeod.

—Sí..., Selena—suspiró Hal—. Amigos. Y de verdad. Este rasgo suyo no es fácil de olvidar.

—No se ponga sentimental. Venga. Salgamos a los jardines a pasear un poco a Hal.

El joven asintió. Se movía como en sueños. Una voz de mujer junto a él era como el recuerdo vivo de Helen. Como si ella, desde donde estuviese ahora en espíritu, le enviase a alguien para cuidar del pequeño. Y ese alguien fuera aquella rubia y delicada criatura que se llamaba Selena Gruber. Una mujer que había dejado su labor científica con el profesor Clem Davis para acudir a atender a un niño, hijo de un perfecto desconocido, con quien había tomado un café en un restaurante, y de quien había sufrido un frío interrogatorio, por toda relación.

* * *

El locutor de la televisión refirió las últimas noticias con voz grave y expresión tensa:

—Las informaciones más recientes llegadas a nosotros, señoras y

señores, hablan de una “célula” azul, muerta por cables de alta tensión en la costa occidental francesa, y de otra dañada seriamente por un tendido de potente voltaje, en África del Norte, pero que pudo escapar, sumergiéndose en el mar. Al parecer, los científicos que han analizado la materia de algunas de estas “células” procedentes de Venus; no desechan la posibilidad de que sean realmente anfibias, y puedan, por tanto, seguir viviendo y desarrollándose en las profundidades submarinas, con lo que el peligro no hace sino aumentar por momentos, en todas las regiones terrestres dominadas por la plaga azul. Recuerden, queridos telespectadores, que exactamente son ya nueve los monstruos eliminados totalmente, en toda la faz de la Tierra, y quedan por tanto más de cuarenta con plena vitalidad, lo cual hace que todos, absolutamente todos, corramos un serio peligro de muerte... ¡Vigilen los tendidos eléctricos de sus domicilios, protejan sus vehículos con corrientes del máximo voltaje, en la carrocería o fuselaje exterior! Y, sobre todo..., ¡envíen a sus familias a lugares bien protegidos, donde el peligro sea menor!

Hal cerró la pantalla visora, Se apagó la imagen fluorescente del locutor. Estrujó sus manos con ira. La plaga avanzaba incesantemente. Y ni siquiera sabían si pasado cierto tiempo, aquellas “células” serían capaces de auto reproducirse, creando nuevos monstruos. Virtualmente, apenas si sabían nada de las horribles materias azules dispersas par el mundo...

Al menos, el pequeño Hal estaba seguro dentro de la institución infantil donde lo guardaban. Potentes redes de electricidad cuidaban de que ningún peligro azul se aproximara al establecimiento.

De pronto, McLeod pegó un respingo. Había sonado el timbre de la puerta de su alojamiento provisional en Nueva York. Se puso en pie, acercándose a la entrada. Ahora sí iba armado. Y su arma era una pistola electrónica, capaz de disparar poderosas cargas de electricidad de alta tensión, sobre determinados puntos, igual que si fueran proyectiles. No era un arma nueva, sino una pistola utilizada por los miembros de la SIP años atrás, para cierta clase de enemigos. Ahora, cobraba nueva vigencia, y la gente adquiriría tales armas a cualquier precio, para disponer de un medio de lucha relativamente eficaz, frente a los monstruos dispersos por la geografía terrestre.

Se repitió la llamada. Con la mano apoyada en la culata rectilínea de su pistola electrónica, aproximóse a la hoja metálica y alzó la mirilla. Rápidamente, abrió.

— Tomando precauciones, ¿eh, McLeod? — Donald Callowan resopló, dejándose caer en un asiento al entrar—. No creo que las “células” hayan aprendido a tocar el timbre, sin embargo.

—Yo no sólo me protejo de las células, Callowan

— dijo fríamente Hal.

—Oh, es verdad. Ha estado usted jugando a ser policía de nuevo. Busca a un presunto e hipotético asesino, misión que nos corresponde a nosotros y no a usted, McLeod.

—¿Va a prohibirme que hable con la gente?—le desafió Hal.

—No puedo hacerlo — suspiró Callowan de mala gana—. Pero sí le prohíbo que vuelva a Florida a seguir interrogando a los sospechosos de Jansen Farm. Eso es tarea de la SIP. Y usted parece querer olvidar que ya no pertenece a la organización, McLeod.

— ¡Tengo derecho a buscar mi venganza!—gritó Hal, descompuesto—. ¡Perdí a Helen! ¿Por qué no puedo luchar a mi modo, en recuerdo suyo?

—Mire, Hal. Seamos razonables. Lo que no quiero es que ande arriesgando la vida frente a monstruos y posibles asesinos. Me he enterado de lo que le ocurrió en el viaje de retorno con aquella “célula”. Fue usted muy ingenioso, según me han referido, y aprovechó una corriente eléctrica en la que hizo de conductor. Muy audaz, pero todo muy peligroso, McLeod. ¿No ha advertido que esos monstruos parecen estar dotados de una superinteligencia que les hace golpear allí donde más doloroso y violento puede ser su mazazo? A veces, incluso parece que trabajaran armónicamente, unidos como una guerrilla o unos “comandos” indescriptibles...

—Cielos, Callowan. ¿Cómo se le ocurren esas ideas tan grotescas y horribles?

—Horribles, sí. Pero no tan grotescas. He venido para avisarle, McLeod. Deje este asunto. Hay algo siniestro y espantoso en su fondo, que no sé lo que es. Pero que cada vez me gusta menos. Alguien de Jansen Farm le avisó al Comité de Seguridad Mundial, ¿lo sabía?

—No. ¿Cuándo?

—Justamente la víspera de ocurrir aquello y de presentarme yo en la granja. El Comité delegó a alguien para investigar. Ese alguien no se sabe si llegó a la granja. Si fue así, desapareció dentro de ella. Si no, lo hizo por el camino. Era el inspector Freeman. ¿Le ve sentido a eso?

—Ni el más mínimo, señor. ¿Por qué me lo cuenta?

—Para que vea que realmente existía alguien en Jansen Farm, dispuesto a hundir a Alex Jansen. La persona que cometió el sabotaje, sin duda. El culpable indirecto, pero, plenamente responsable de cuanto sucede. Y ahora le contaré algo más, en apoyo de mi teoría de que esas “células” parecen obrar estrechamente unidas entre sí, coordinadas de alguna forma, como un ejército de hormigas voraces o como una bandada de buitres, pero con mucha mayor inteligencia.

—Le escucho, señor...

—¿Sabe cómo ha encontrado la muerte la “célula” que ha mencionado esta noche el noticiario de televisión y los boletines de radio, en la costa occidental francesa?

Hal negó:

—En absoluto.

—Yo se lo diré. Cargó contra la central eléctrica más importante de Francia, pese a que parecía “saber” muy bien lo que eso significaba. Se achicharró contra los conductos de alta tensión, como un gigantesco animal sobre una fogata. Pero logró lo que, sin duda, era su objetivo. Provocó una avería gravísima en la central eléctrica de gran voltaje. Ahora, mientras lo reparan, la ofensiva de las “células” se ha hecho más intensiva, y destruyen pueblos enteros de Francia, al parecer conscientes de la total impunidad de que gozan, mientras la central eléctrica esté paralizada.

—¡Dios mío, eso es más horrible todavía!—musitó Hal, pensativo —, Pero yo había pensado ya algo así, Callowan. Estaba seguro de enfrentarme a seres inteligentes, de una especie desconocida. Lo que ignoramos es hasta dónde llega esa inteligencia. Pero, de cualquier modo, son soldados de un temible ejército.

—Contra el que usted, estúpidamente, se ha empeñado en pelear — rezongó Callowan poniéndose en pie—. Ahora está avisado. Si le vuelvo a ver metido en líos, le haré arrestar. Siempre por su seguridad personal, McLeod.

—Muy reconocido, señor. Pero haría mejor en arrestarme ahora mismo. No pienso cejar en mi empeño.

Callowan se detuvo en la puerta, le contempló y exhaló un leve suspiro.

—Hijo mío — declaró—. Tozudos como Hal McLeod hay pocos en el mundo, gracias a Dios...

Agitó una mano, cansadamente, disponiéndose a partir. Pero antes se detuvo, giró la cabeza, mirando de soslayo al joven ex agente de la SIP, y declaró finalmente:

—Otra cosa todavía: se ha puesto en práctica un sistema de detección de esos monstruos, desde las alturas, por medio de flotillas provistas de grandes reflectores y gigantesco cañones eléctricos. No sólo en América, sino en Francia y otros puntos de Europa,

—¿Con buenos resultados?

—Con pésimos resultados, McLeod. No sé dónde se meten, pero, evidentemente, por las noches tienen un refugio determinado, cuando no atacan algún lugar. Absolutamente ninguna de las patrullas ha

avistado siquiera a uno de ellos. Ni siquiera radar ha detectado cosa alguna que signifique proximidad de esos seres...

Abrió la puerta para salir. Hal McLeod le contemplaba, reflexionando. Luego Callowan se despidió. Y cerró tras de sí.

El que fuera brillante agente especial de la “Spacial International Police”, permaneció inmóvil, pensativo. Había algo, una idea que bullía en el fondo de su mente. Pero no acababa de concretarse totalmente. Si pudiera dar con ella, si la localizara y aislase, entre el revuelo de pensamientos encontrados que le asaltaban...

Súbitamente, se le ocurrió algo. Avanzó hacia el televisófono. Alzó el auricular. Marcó rápidamente un número.

—¿Instituto Infantil de Manhattan? — preguntó a la joven enfermera de la centralilla que apareció en el pequeño telerreceptor telefónico. Y al asentir ella, añadió—: Póngame con el departamento de la señorita Selena Gruber, que cuida del niño Hal McLeod, por favor... Soy el padre del pequeño y deseo hablar con ella.

Poco después aparecía de nuevo la figura de la enfermera, con expresión perpleja. Habló:

—Lo lamento, señor. Pero la señorita Selena Gruber se ha marchado.

—¿Eh? — exclamó Hal sorprendido —. Pero si hoy mismo se hizo cargo de...

—¿Del niño? Sí, lo sabemos, señor McLeod. Pero así ha ocurrido. Recibió una llamada urgente hace poco tiempo.

—¿De quién?

—Me fue imposible averiguarlo, señor. No conectaron la pantalla visora, y yo no logré tampoco ver a quien hablaba. Habló algo con la señorita Gruber, y ésta dijo que tenía que salir urgentemente, y que no sabía cuándo volvería.

—¿No dejó encargo ninguno para mí?

—En absoluto, señor McLeod.

—Gracias de todos modos — colgó el receptor.

En la pantalla se borró lentamente la figura de la enfermera.

Paseó por la estancia, intrigado. Por primera vez creía estar frente de algo realmente firme, positivo. De un indicio claro y revelador de algo... Pero ¿de qué?

Nuevamente, la idea fundamental huía, se escapaba de entre sus dedos...

Trató de concentrarse. Él había resuelto enigmas de más complicada apariencia que éste, a lo largo de su servicio en la SIP.

Ahora todo parecía más difícil y oscuro.

Tomó una resolución. Volvió a levantar el visófono. Marcó una cifra, y añadió las letras FLO. Sé conectó automáticamente con la Central de Florida, que le pidió número.

Hal solicitó le establecieran comunicación con el profesor Davis. Pero cuanto intentaron fue en vano. Aquel número no respondía. Nerviosamente, probó otro, ahora en Miami Beach. Esta vez obtuvo comunicación. En la pantalla visora la figura hermosa y seductora de la viuda Jansen, con un pijama negro, era capaz de transmitir alta tensión a la línea telefónica. Pero Hal no estaba para fijarse en esas cosas.

—¿Qué ocurre? — Marcia Jansen miró en el visor, y sonrió—. Oh, es usted, McLeod... ¿Qué desea a estas horas? ¿Conocer la fecha de mi boda con Harry Clayton?

—No haga chistes ahora, señora — cortó fríamente Hal—, Quiero saber si hubo visitas en la casa el día antes de llegar a Jansen Farm el señor Callowan. Simplemente eso.

—¿Visitas? ¿Qué clase de visitas? — se sorprendió la viuda.

—No sé. Alguien, quienquiera que fuese, desde un inspector de teléfonos hasta un albañil, por ejemplo. Me gustaría saber si alguno de los visitantes, en especial, le llamó la atención ese día.

—¿El día antes de llegar Donald Callowan? — ella reflexionó, mordiendo su jugoso labio rojo con los menudos dientes—. No sé... Oh, espere. Ahora recuerdo la fecha. Aquel día no puedo recordar si hubo visitas.

—¿Por qué no?

—Porque Alex se quedó solo, trabajando en el laboratorio. Era festivo. Yo me acerqué con Harry a Palm Beach, a comprar unas cosas. No piense mal, McLeod. Era un paseo entre amigos. Dejamos a Selena en un estereocine. Ella también disponía de un día libre.

—¿Y el profesor Davis?

—iba a venir a ayudar a Alex, pero creo que no lo hizo, pues tenía otras cosas que resolver. Estando Alex solo, aunque llegaran visitas no las atendía.

Desconectaba siempre los llamadores, para que no le importunasen mientras trabajaba,

—Gracias, señora Jansen — suspiró Hal—, Es lo que quería saber,

—¿Da veras?—ella se inclinó hacia el visor—, ¿Cree que eso le servirá de algo, McLeod?

—¿De algo? — Hal rio entre dientes —. Creo que estoy llegando al final de este enigma, señora...

CAPÍTULO IX

LA TRAMPA



CLEOD avanzó sigilosamente, pegado al muro. En torno suyo la oscuridad y el silencio eran absolutos. Las palmeras parecían fantasmas amenazadores, erguidos en derredor, para aterrorizarle.

Pero Hal no se asustaba fácilmente. Y menos ahora, cuando tantas cosas turbias se le aparecían claras, diáfanas. Terriblemente claras, en toda su pavorosa verdad.

Se acercaba la hora de la revancha, del desquite que ansiaba. Pero una inquietud interior le dominaba, a pesar de todo. Un nombre revoloteaba en su mente, torturándole: Selena Gruber...

Esperaba llegar a tiempo. No había perdido mucho aquella noche. Una hora antes se hallaba en Nueva York, escuchando un programa de televisión de última hora. En aquellos momentos, tras un vuelo de diez minutos a súper velocidad, se encontraba a muchísimas millas de distancia. De nuevo en Florida, quebrantando los consejos y advertencias severísimas de Donald Callowan.

Quizás ahora los minutos fueran preciosos para ciertas vidas humanas. Quizá la suya propia estaba en la balanza, sin él saberlo. Pero, de todos modos, ya no era momento de retroceder. Además la idea de que acaso muy pronto se enfrentara al ser abominable que

respondería de la muerte de Helen, como de la de tantos otros inocentes absorbidos por las “células” en libertad, le daba nuevos alientos, impulsos incontenibles.

Alcanzó una puerta. Estaba destrozada y aparentemente nadie había pasado por ella últimamente. Pasó a través de ella. Se encontró en una galería en penumbras, silenciosa y caótica.

Con pasos cautelosos se movió por ella hacia el fondo del edificio. Recordaba muy bien cierto relato de su interior. Lo demás lo puso su propio instinto. Alcanzó la puerta de un ascensor. Pero no había fluido eléctrico. SI no encendió luces. Probó el ascensor, y éste no funcionaba. Una puertecilla, algo más allá, ofrecía la incógnita de su metálica hoja cerrada. Se aproximó. La cerradura electrónica de aquella puerta aparecía desgarrada e inútil. Movi6 la hoja de metal. Ésta cedió lentamente, ocultándose en el muro con un silencioso deslizamiento. Solamente chirrió un poco el metal sobre la guía del suelo.

Sus ojos, habituados a la oscuridad, captaron la silueta de una escalerilla descendente, de peldaños igualmente metálicos. Comenzó a bajarlos. Cuando llevaba recorridos justamente cinco tramos se detuvo. Sonrió en la oscuridad torvamente, y extrajo algo de su bolsillo. Era un objeto oscuro, cilíndrico, que aplicó junto al muro. Siguió adelante. Un segundo objeto idéntico pasó de su bolsillo al decimosegundo escalón.

Hasta el final de su camino no depositó otro en tierra, todos muy pegados a la pared metálica. En la oscuridad eran totalmente invisibles.

Hal McLeod siguió adelante. Un corredor muy breve, totalmente sumido en sombras, le condujo ante una puerta de metal, deslizante también. Tampoco poseía cerradura. Había un agujero para contacto magnético, pero no funcionaba. Deslizó la hoja, y se encontró en una sala circular, sin muebles ni adornos de ninguna especie. La cruzó. Ahora recordaba muy bien el relato de Callowan, aquella noche, en presencia de Helen, cuando la emisora de la SIP acababa de dar la alarma de lo ocurrido en Jansen Farm.

No vaciló. Cruzó en derechura la sala circular, alcanzó el muro curvo, opuesto, y probó suerte una vez más. Ninguna puerta estaba cerrada, dentro de Jansen Farm ahora. Rotas las conexiones eléctricas, todo el complicado sistema de seguridad virtualmente no existía.

Parpadeó, deslumbrado, al verse sumido de pronto en el baño de luz del interior de aquella puerta,

Se detuvo en el umbral, pugnando por ver, a través del fosforescente fulgor azul que provenía del fondo del pozo, y del aire

luminiscente que bañaba el extraño lugar en claridad lechosa. Pisó un poco la plataforma semicircular asomada al terrible pozo citado por Callowan.

Allá abajo estaban otra vez “ellas”. Las azules, viscosas y horribles “células”, reptando y moviéndose con deslizamientos de ruido blando y nauseabundo.

Y delante de Hal McLeod, apoyado triunfalmente en la barandilla metálica, con una pistola corrosiva en la mano y una expresión demoníaca en el rostro, un hombre.

El culpable a quien buscaba Hal McLeod. El responsable de aquel horror.

—Buenas noches, McLeod — dijo con voz glacial y sobrecogedora —. Le estaba esperando a usted. Se ha metido solito en la trampa... Y ésta es una trampa de la que no se sale fácilmente. Podría preguntárselo al inspector Freeman, del Comité de Seguridad Mundial, que cayó ahí abajo... y nunca más volvió. Mis “criaturas” no acostumbran a estar satisfechas nunca... Siempre tienen hambre, mi querido amigo...

Hal McLeod no se movió, no intentó nada, para evitar que la muerte se precipitase estúpidamente sobre él. En vez de eso miró fijamente a su interlocutor, desde la leonina melena blanca hasta las largas y enjutas piernas.

—Es usted el profesor Alex Jansen, ¿verdad? — preguntó, más bien afirmando.

—Sí, soy Alex Jansen — afirmó el otro fríamente—. Usted sabía que no estaba muerto, ¿verdad?

* * *

—No lo supe hasta esta noche. A veces me parecía muy dudosa la desaparición de una persona, arguyendo que ha sido tragada por las “células”. Pero mi propia esposa desapareció así, Jansen. No podía extrañarme mucho, después de todo. Los demás también aceptaron que, lógicamente, usted era la víctima número uno de su propio experimento.

— A nadie se le ocurrió considerarme como culpable, y no como víctima — rio malignamente el monstruoso sabio.

—Cierto. Sólo a mí, esta noche, me asaltó la idea de que habíamos cedido muy fácilmente al juego de alguien que pretendía presentar las cosas como no eran en la realidad. Éste fue el principio, y me llevó de teoría en teoría. Fue a causa de esa visita del inspector de Seguridad Mundial. Luego ya en el Comité sabían de sus

experimentos. Eso podía justificar sus prisas en actuar, dando suelta a sus infernales criaturas, Jansen.

—Siga, siga — rio el sabio, desde detrás de su pistola mortífera, muy divertido—. Me gustará oírle exponer sus brillantes deducciones. Dicen que ha sido uno de los mejores hombres de la SIP. Permítame comprobarlo por mí mismo. ¿Qué más descubrió?

—Que el día en que llegó Freeman, el inspector de Seguridad, no había nadie sino usted en casa, era significativo, Freeman le había anunciado su visita. Usted convenció a Marcia para que fuese al pueblo a comprar algo, con Harry Clayton. Y a Selenia a que se marchara al cine. Y a Davis le convenció para que no viniese, aunque pretextó luego que era él quien anuló la visita. Recibió a solas a Freeman —señaló hacia el luminiscente fondo azul del pozo—. Y ahí terminó su inspección...

—Es magnífico. Parece haber visto las cosas. ¿Qué más, McLeod?

—Usted, Jansen, está loco, desquiciado. Engañó a Callowan y a todos al decir que buscaba la eterna juventud. Eso es falso. Esas “células” no son sino formas de vida inteligente, en estado microscópico en Venus, que convenientemente cultivadas en la Tierra se transforman y crecen. Usted estudió su voracidad, su poder, “su inteligencia”. Y llegó a la conclusión de que un ejército de esos monstruos, sometidos a su propia fuerza mental, sería prácticamente invencible. Está usted totalmente desequilibrado, y no le importan las muertes ni hecatombes, aun por miles. Lo que pensó es en su propia grandeza, en su dominio del mundo, si llegaba a controlar ese poder y lo dominaba a voluntad. Sabía que esas “células” poseen inteligencia, pero han de ser dirigidas, coordinadas por una mente humana, superior en poder magnético a “ellas”. Fingió buscar un suero maravilloso, pero en realidad era otra cosa muy distinta tras la que iba. Empezó su juego de fingir que querían matarle. Me imagino por qué. Quería culpar a alguien, concretamente a Marcia Jansen, que nunca creyó lo que usted le decía, y empezaba a sospechar algo feo y horrible tras todo eso. Además usted podrá ser un loco, pero no un tonto, y veía que Clayton amaba en secreto a Marcia, y que ella, sin advertirlo, honestamente, sentíase inclinada hacia él.

— ¡Mentira! —rugió, espumeando los labios, Alex Jansen—. ¡Es mentira eso!

—Usted sabe que no lo es. Por eso puso en práctica su juego. Así, el día que sucediera también lo que tenía previsto, el doble y supuesto “sabotaje” que dejaría en libertad a sus “células”, ese hipotético asesino sería inculcado. Pero Marcia había escapado con vida del caos, y ella le acusaría, a usted. Por eso fingió morir. Tiró sus gafas y un zapato, se ocultó convenientemente. No había dudas de que los

monstruos le habían aniquilado. Todo claro, todo evidente. Tanto, que incluso Marcia llegó a pensar que estaba equivocada, y piadosamente guardó silencio. Muerto usted, nadie, le acusaría de nada. Buscaban todos a un hipotético e inexistente criminal. Incluso tuvo la habilidad de llamar a Callowan, cuando imaginó que el Comité de Seguridad conocía la existencia de sus experimentos, Creo que Marcia misma fue la que le denunció, para terminar con el horror que ella intuía.

—¡La mataré también! ¡Mis criaturas la devorarán! — rio sádicamente Jansen.

—No me sorprende que planee matar a todo el mundo. Es una especie de “célula” usted mismo. Las maneja a su antojo. Toda su maldad surge de usted. Sin su cerebro, sin el sistema de magnetismo a distancia que utiliza con ellas, no serán nada, sino monstruosas larvas que perecerán, acribilladas por las patrullas de la SIP. Es su cerebro la clave de todo, Jansen. Lo imaginé cuando me dijo Callowan que desaparecían siempre, que parecían ocultas. En realidad, se ocultaban, Pero ¿dónde? Revisé su propia biografía, Jansen. Descubrí que en todos los países europeos donde no se las lograban encontrar tenía usted algún pabellón, centro biológico o laboratorio, en aparente abandono. Lo mismo que éste de Palm Beach. Até cabos. Ahora sabía que las “células”, cumplida su diaria labor, se refugian en los puntos dispuestos por usted. Todo está estratégicamente medido. Las ha dispersado a su antojo, en torno a lugares donde usted tenía ya dispuesto el pozo o tanque donde guardarlas, como el que guarda su colección de mariposas disecadas o sus pulgas amaestradas.

—Es muy listo, en efecto. Lo descubrió todo, ¿no es cierto?

—Usted tampoco es tonto. Vigilaba muy de cerca, convenientemente disfrazado, a su esposa, a Davis, a Selena, a Clayton... Me vio hablar con todos ellos e intuyó en mí un peligro cierto. Por eso me envió a una de sus “células”, para interceptar mi vuelo y aniquilarme. Estaba tan seguro de sí mismo que no imaginó que un hombre, con ingenio y serenidad, pudiera derrotar a sus monstruos.

—Ahora no le va a ser fácil derrotarlos — rio sanguinariamente el desequilibrado sabio—. Vamos, ¿por qué no lo intenta, por qué no trata de acabar con mis “células” ahí abajo, ahora que va a ir a visitarlas... y muy bien acompañado por cierto?

La faz de Hal palideció intensamente. Clavó sus ojos helados en Jansen.

—¿Qué quiere decir con eso de “bien acompañado”?— interpeló rudamente—. ¿Es... Selena?

—Vaya. ¿También sabe eso? — Jansen soltó una fría, larga

carcajada.

— ¡Canalla! Lo imaginé en seguida que me informaron de su marcha del Instituto Infantil. Solamente una llamada suya, diciéndole que aún vivía y la necesitaba, o cosa parecida, pudo arrancarla de su labor allí y hacerla venir a la carrera, sin avisar a nadie. Selena es una muchacha leal, y nunca desconfió de usted. ¿La tiene aquí?

—Cautiva en un sitio muy molesto, amigo mío— rio Jansen—. ¡Mire allí!

Hal miró por primera vez. Su sangre se heló en las venas.

El índice de Jansen señalaba a lo más alto, sobre la masa azulada de monstruos reptantes. Allá, en la cúpula de la gran sala circular que terminaba en la sima metálica del pozo, vio una especie de balancín o columpio. Ligado en él el cuerpo de Selena Gruber. Unas argollas metálicas la sujetaban al columpio. Cuando se soltaran las argollas, su cuerpo maniatado caería al horrendo abismo.

Un grito ronco escapó de la garganta de McLeod. Jansen explicó, delirante de sadismo y crueldad:

—¡Esas argollas se seccionan desde aquí! —señaló unos resortes sobre la barandilla que asomaba al foso de las “células”—. ¡Se desprenderán automáticamente, una a una, y lanzarán a la chica abajo al pozo!

Sin previo aviso, pulsó un botón. Un rugido brotó de la garganta de Hal. Vio soltarse la primera argolla, del juego de cuatro que sostenían a Selena. Ella chilló, allá en lo alto, con un ronco gemido bajo la mordaza que cubría su boca. Los dilatados ojos de la muchacha iban de la masa azul y horrible a los dos hombres erguidos en la plataforma.

—¡Espere! — aulló Hal—. ¡No haga eso! ¡Puede acabar conmigo, pero deje a la muchacha!

—Enternecedor — rio Jansen—. Pero inútil, McLeod. Voy a acabar con los dos. Esta es una trampa para ustedes. Una trampa mortal...

Pulsó otro resorte. Una argolla más se desprendió. Selena colgó en el vacío...

CAPÍTULO X

EXTERMINIO



CCLEOD no vaciló más. Su cuerpo golpeó lateralmente el muro. Ocurrió algo imprevisto, que hizo lanzar un chillido a Alex Jansen.

Del cuerpo de Hal, bajo sus ropas, brotó un chispazo azul, brillante y cegador.

Simultáneamente, como en cadena, llegaron tremendas explosiones de diversas partes del edificio, y temblaron los muros.

Hal gritó triunfalmente, irguiéndose frente a la pistola de balas corrosivas que Jansen se disponía a disparar sobre él:

—¡No he venido desarmado, profesor Jansen! ¡Yo también traía mis triunfos! ¡Ahora mismo unas súper cargas electrónicas están estallando por donde las he ido depositando, movidas en cadena por el disparador que llevaba en mi bolsillo, y ahora una luz cegadora avisa a las patrullas de que algo ocurre en Jansen Farm! Y al mismo tiempo, Jansen..., sus horribles “criaturas”, sus monstruos nauseabundos quedan encerrados aquí, porque el campo electrónico de alta intensidad que rodeará la vivienda desde este momento será demasiado grande para que ni una sola de sus “células” lo traspasen!

¡La SIP encontrará aquí, cogidos en un cepo, a Alex Jansen y a sus malditos criminales venusinos! ¡Es una trampa, sí..., pero para todos!

La ira convulsionaba el rostro de Jansen. Sabía que no mentía el ex agente de la SIP. Y se daba cuenta, demasiado tarde, de que el joven había acudido a la granja de Palm Beach con sus propios triunfos, dispuestos, por si las cosas rodaban mal.

—Muy bien— rugió, delirante de odio, de ferocidad implacable—. No me importa. Si he de morir, aceptaré mi destino, McLeod. ¡Le detesto por haber hecho esto cuando empezaba mi poderío, cuando hubiera rendido a mis pies a los Gobiernos y a los pueblos, horrorizados por mi ejército de “células” vivientes! Si es su venganza por la muerte de su mujer, admito que ha sabido vengarse. ¡Pero esa muchacha, usted, yo y todos pereceremos juntos... y no podrá gozar de su victoria de hoy, ni siquiera morir feliz, porque sabe que otra mujer, inocente como su propia mujer, va a ir a los vientres de mis “criaturas”!

Hal le vio mover la mano. La tercera argolla se soltó. Cayó el cuerpo de Selena al vacío. Un tirón violento, y se quedó colgando de un pie, sujeto aún con una argolla de acero. Osciló, con la cabeza hacia abajo, como un trágico péndulo que marcara los fatídicos segundos que les separaban de la muerte.

Hal McLeod, de repente, tomó impulso. Era cuando Jansen iba a mover el cuarto resorte. Estaba dispuesto a morir, a caer con su asesino al pozo..., pero a librar a Selena de su horrible suerte. Forzosamente, el arma de Jansen le alcanzaría de lleno, porque le encañonaba directamente al pecho. Y cada bala corrosiva era mortífera.

Entonces sucedió algo. Cuando ya Hal saltaba sobre el enloquecido ególatra, que era Alex Jansen, en sus manos pareció estallar la pistola corrosiva. Una bala de fuego le abrasó los dedos, arrebatándole limpiamente el arma en el momento en que ésta iba a disparar.

Hal cayó con todo su peso sobre Jansen, le apartó del resorte, sin volverse siquiera para saber qué ocurría, aunque percibía ruido de pasos sobre el metal, y voces humanas. Una voz muy familiar gritó a sus espaldas:

—¡Cuidado con caer abajo, McLeod!

Cuidó mucho de eso, ciertamente. Mientras arriba, en la cúpula, colgaba Selena, Hal McLeod descargaba golpe tras golpe, sobre Jansen, con una ferocidad inexorable.

Jansen entonces trató de aferrar a Hal. Le golpeó con la cabeza. Aturdido, el ex agente de la SIP se abatió sobre la barandilla. Era muy

alto, y pareció que iba a ceder su cuerpo, doblado por encima del pretil, cayendo al fondo donde pululaban los infectos y viscosos animales azules.

Jansen, con un feroz grito de júbilo, se abalanzó sobre él, con la cabeza por delante, ya que su mano estaba completamente inútil, para ayudarlo a caer al abismo de la muerte.

Hal, que estaba luchando por no caer, dominó su aturdimiento, con un movimiento instintivo se echó a un lado, jadeando...

El impulso del cuerpo elástico de Alex Jansen era demasiado grande para poderlo frenar, ahora que Hal se había apartado de su trayectoria providencialmente. Un chillido escalofriante, horrible, hendió el vacío. El cuerpo saltó el parapeto de metal, se perdió dando tumbos hacia el fondo demoníaco que dispusiera él para los demás.

Chocó con las “células” que estaban encima.

Se le vio revolverse entre la masa de carne blanda y azul. Sus “criaturas”, como él decía, bulleron, al sentir la proximidad de un cuerpo humano. El hecho de que fuera su amo, no pareció influir en las “células” ahora. Su glotonería dominó a su escasa inteligencia, dirigida hasta entonces por el profesor.

Lo que siguió fue espantoso. Arriba Selena se desvaneció, colgó inconsciente del trágico trampolín, mientras en la plataforma, Donald Callowan y diez agentes de la SIP, armados de pistolas electrónicas, permanecían petrificados por el escalofriante desenlace de la lucha.

McLeod, inclinado aún sobre la barandilla, tosiendo de resultas del brutal cabezazo de Jansen en su estómago, vio con horror la forma cómo desaparecía el asesino en medio de la misma obra que él hiciera gigantesca, para servir a su sed de poderío mundial, acaso universal...

— ¡Dios mío!... — susurró, estremeciéndose. Cerró los ojos y repitió, como una oración—: ¡Dios mío!...

A sus espaldas sonaron los pasos graves, firmes, de alguien que se detuvo junto a él. Una mano se apoyó en su hombro con energía.

—Helen está ya vengada, Hal...

Se volvió lentamente. Miró rectamente a Callowan. Asintió.

—Sí... Está vengada... y bien vengada. Su asesino murió como ella. Y no fue mi mano la que le empujó allá abajo...

—A veces, Hal, no hace falta que soñemos con la venganza. Hay algo que da a cada uno lo que merece... Una Justicia superior a la nuestra, muchacho... Pero no puede negarse que el hombre, con su esfuerzo y su sacrificio, es quien se hace acreedor a ello, quien busca la ocasión de que el castigo llegue de algún sitio, para el que obró mal.

—Callowan, ¿cómo supo usted...?

—Nunca le hemos dejado de vigilar, Hal. ¿Cree que me gustó negarle el regreso en la SIP? Pero sabía que como agente, obedeciendo órdenes, sería una nulidad, porque le cegaba su afán de vengarse. Por eso le rechacé, Hal. Pero puse hombres tras de sus pasos. Confiaba tanto en usted, que desde que supe que buscaba la clave del misterio en Florida, estuve seguro de que solamente Hal McLeod, el orgullo de la SIP, nos conduciría al final..., como así ha sido. Y por Dios que fue imprevisto. ¿Cómo iba a imaginar el diabólico juego de Jansen? Cuando yo le conocí era un hombre normal, Su afán por la ciencia le trastornó. Y luego el hallazgo de esas “células” terminó por enloquecerle... Hal, ahora ¿qué ocurrirá?

Éste contestó:

—Nada. Las células no sobrevivirán sin la coordinación mental de Alex Jansen. Perecerán, Callowan. Estén donde estén. Pero será preciso ayudar a su exterminio, buscándolas denodadamente, para evitar que produzcan más víctimas y daños.

—Claro, Hal — miró a sus hombres—. Vosotros, desprended de ahí a esa muchacha, y atendedla debidamente. Ha debido de sufrir mucho, colgada de esa cúpula.

—Yo cuidaré de atenderla, Callowan — se apresuró a decir Hal con vivacidad —. Esa muchacha es maravillosa. ¿Sabe usted que se ha prestado voluntariamente a cuidar de mi hijo, y abandonó por ello su labor con el profesor Davis?

—Ya... — Callowan le estudió de soslayo, con un brillo en sus ojos muy peculiar—. Está bien, Hal. Vaya con mis muchachos, y trate de reanimar a esa encantadora y generosa joven... ¡Nosotros vamos a terminar con las “células”! La plaga azul ha de terminar... ¡y cuanto antes!

Se volvió a sus hombres. Él mismo apuntó hacia el fondo del foso, gritando estentóreamente:

— ¡Fuego sobre esas malditas “células” de todos los diablos! ¡Tengo ganas de fumarme un buen cigarro, y no lo haré hasta haberlas visto aniquiladas! ¡Duro, muchachos!

Todos los agentes comenzaron a disparar sus poderosas cargas eléctricas sobre los monstruos azules.

Estos se encogieron bajo el bombardeo mortífero. Hubo una convulsión de agonía en el fondo azulado del pozo.

Las “células” habían muerto.

—Vamos— dijo sencillamente Callowan, iniciando la retirada—. Esto se terminó, utilizaremos cargas anti eléctricas para abrirnos paso

a través de las súper cargas eléctricas de alto voltaje, utilizadas por McLeod al entrar aquí...

Se volvió, para decir algo a Hal. Descubrió al joven ayudando a Selena a caminar. La linda muchacha aparecía extenuada y muy pálida. Pero bajo los cuidados de Hal, Callowan estaba seguro de que pronto se recuperaría.

Volvió el brillo malicioso y feliz a los ojos agudos del jefe de la SIP. Musitó para sí:

—Creo que Hal ha vuelto a encontrar algo por lo que merece la pena seguir viviendo... Esa chica, con el tiempo, será la señora McLeod. Sólo hace falta que la herida se cicatrice un poco, que la desventurada Helen sea un recuerdo en su mente y en su corazón. La vida sigue, muchacho. Haces bien en procurar olvidar... Siempre es preciso olvidar..., aunque no se quiera...

Rezongó algo, al no encontrar ningún cigarro en su bolsillo. Luego comentó, como colofón de aquella serie de reflexiones que Hal McLeod no podía escuchar:

—Con razón no quería darle yo el alta... ¡Le hubiera tenido que dar de baja otra vez, dentro de poco tiempo...!

Y ciertamente, ahora Hal McLeod, tras su hazaña frente a la plaga azul, no parecía acordarse ya de sus deseos de reingresar en la SIP.

Aunque él no lo supiera, acaso Selena Gruber no fuera ajena del todo a ese nuevo modo de pensar...

Como dijera Callowan, sólo hacía falta un poco de tiempo, para que las cosas ocurrieran como tenían que ocurrir...





¡UN LIBRO AUDAZ HUMANO... Y
TERRI-BLEMENTE ALECCIO-
NADOR!

EL Sr. RIPOIS

Y

LA NÉMESIS

por

LOUIS HEMON

Las mujeres son como incautas mariposas en las redes del señor Ripois. Pero al final de una serie de conquistas casi vergonzosas, el sórdido egoísmo del

protagonista encuentra su Némesis
vengadora

EL Sr. RIPOIS Y LA NÉMESIS

El mito de «Don Juan», resucitado por el despreocupado cinismo de un alegre seductor francés, entre las brumas de la puritana Inglaterra.

230 páginas, formato 13'5 X 20'5

Precio: 65 Ptas.

Pídalo en todas las librería y a
EDICIONES TORAY. S. A. - Amoldo de
Oms 51-53
BARCELONA

UN REGALO DE HORAS FELICES

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano

ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa señora Candy, el tímido e Inocente señor Petit, los turbulentos Blanche y Eddie y el imponderable fantasma del señor Candy son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilarán para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

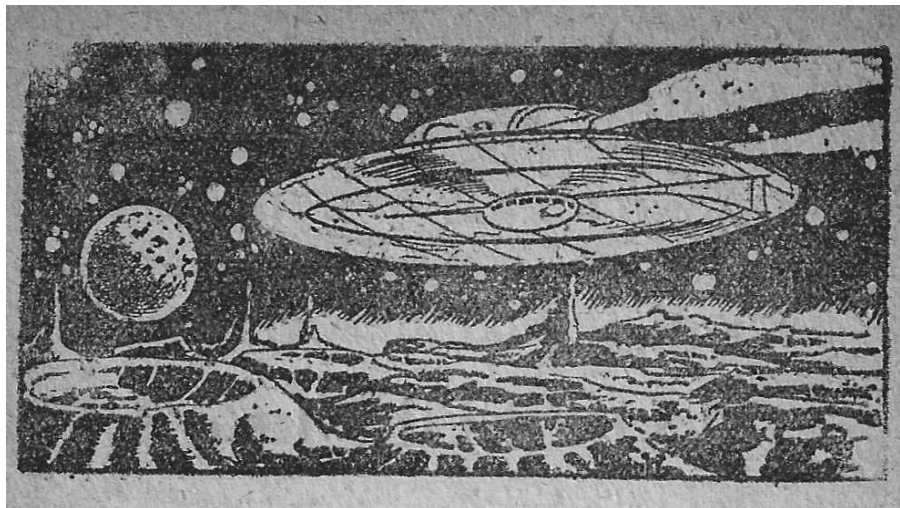
ASÍ QUE LO HAYA USTED LEIDO, LA VIDA LE PARECERA MAS ALEGRE. EL CIELO MAS AZUL, LAS FLORES MÁS FRAGRANTES Y SU VECINA MAS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo...

SI SE RIE USTED CON ESTE DIVERTIDO LIBRO... ¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

Precio: 60'— ptas.

Es una selección literaria de
EDICIONES TORAY, S. A.



¿LE GUSTARIA A USTED EXISTIR DENTRO DE CIEN, DOSCIENTOS O TRESCIENTOS AÑOS?

Sería fascinante, ¿no es cierto?

El medio de realizar este maravilloso sueño y de vivir AHORA los prodigiosos hechos que conocerán las futuras generaciones, se lo brinda la famosa

Colección E S P A C I O

Un mundo nuevo, atrayente y desconocido se abrirá para usted en cada uno de sus impresionantes relatos.

Colección E S P A C I O

Cada título es la intrigante y humana aventura de unos hombres que todavía no han nacido, en el marco incomparable de esos ignotos mundos, de los cuales, hasta hoy, sólo ha llegado hasta nosotros como un mensaje indescifrable, el parpadeante destello de su remota y misteriosa luz.

¡SI DE VERAS QUIERE USTED GOZAR DE EMOCIONES NUEVAS Y SOBRECOGEDORAS, ADQUIERA TODOS LOS VOLUMENES DE ESTA PRODIGIOSA Y ELECTRIZANTE COLECCIÓN!



¡UNA
HISTORIA
DE GUE-

RRA

RELATADA
EN EL

CRATER
DE UN
OBUS!

EL
AGUJERO

Por

MICHEL
TAURIAC

Gran
Premio
Literario
de
Indochina

La historia de un grupo de adolescentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

EL AGUJERO

Un relato de guerra distinto a todos. Un argumento lleno de poesía y sensibilidad, con escenas de crudo realismo y patética emoción, que tiene como fondo la trágica epopeya de las fuerzas francesas en Indochina.

250 páginas formato 13'5 x 20'5
60 ptas.

Precio:

Pídalo en todas las librerías y a

EDICIONES TORAY, S. A. - Teodoro Llorente 13

BARCELONA



**¡LA RISA TONIFICA,
pero,
LA SONRISA
ENGENDRA
OPTIMISMO!**

EL BEBE Y EL ACORAZADO

La original novela de ANTHONY THORNE ha cobrado vida cinematográfica, animada en los principales personajes por JOHN MILLS, RICHARD ATTENBOROUGH, LISA GASTONI... y un rollizo y simpático BEBÉ de seis meses.

EL BEBE Y EL ACORAZADO

Cáustica muestra del humor inglés, salpicada a trechos con las más brillante e intencionada chispa latina, será publicada próximamente, por

EDICIONES TORAY, S. A.

¡un ramillete de sonrisas de
ternura y de regocijantes
situaciones!

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 21.— La banda del cerebro.— *W. Sampa*
- 22.— Sindicato de bandidos.— *W. Sampa*
- 23.— Agente espacial.— *Alan Star*
- 24.— Asalto al heliexpreso.— *W. Sampa*
- 25.— Primera misión.— *W. Sampa*
- 26.— ¡Miedo en la SIP!— *Alan Comet*
- 27.— Fábrica de asesinos.— *W. Sampa*
- 28.— Virus mortal.— *Alan Star*
- 29.— Prueba de sangre.— *W. Sampa*
- 30.— Ídolos de barro.— *Alan Star*
- 31.— Hermandad negra.— *Johnny Garland*
- 32.— Tongo, ciudad podrida.— *W. Sampa*
- 33.— Emisión de muerte.— *W. Sampa*
- 34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
- 35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
- 36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
- 37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
- 38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
- 39.— ¡Muerte fosforescente!.— *Johnny Garland*
- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampa*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
- 43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
- 44.— Fuego mortal.— *W. Sampa*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Pidió ser enviada a aquella misión. No ignoraba los peligros de la Zona de Niebla, pero el recuerdo de su hermano y del martillo pilón destrozándole el cuerpo era mayor que todo.

AGENTE FEMENINO

¡La más espectacular novela del espectáculo!
W. SAMPAS!

S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

6 PTAS

**EDICION
TORA**

En Argentina: 9 pesos